



LITERATURA LEMOSINA

TEODORO LLORENTE

I

Se ha llamado lengua provenzal, según D. Víctor Balaguer (1), al idioma que hablaban los trovadores, por haberse hecho general en la Provenza, y lengua de *oc*, para distinguirla de la lengua de *oil*, que era la usada en el Norte de Francia.

La lengua provenzal popularizóse con el tiempo en Cataluña, gracias á la influencia de los errantes trovadores, y llegó á adquirir tal armonía y regularidad, que concluyó por formar un idioma distinto.

«Cataluña admite el impulso provenzal, dice el Sr. Balaguer, pero en el acto de admitirlo aparece con literatura propia y característica. No quiere ser reflejo y eco de otra comarca, y dentro de la literatura provenzal, se la ve desde los primeros momentos con sello, carácter, iniciativa, forma, escuela y lenguaje peculiares. Los catalanes aceptan el culto, pero se hacen de él apóstoles y sacerdotes.»

(1) *Historia de los Trovadores.*

El idioma catalán era conocido en muchos países de Europa, y algunos monarcas, como los de Aragón, mostraron especial empeño en propagarlo. Jaime I, el Conquistador, escribió en lemosín sus comentarios y privilegios y lo introdujo en el reino de Valencia, en la época de la conquista.

Este nombre de lemosín, afirma el ilustre historiador de Valencia, D. Vicente Boix (1), debió usarse posteriormente á la publicación de los documentos citados, pues ni el rey D. Jaime en sus comentarios, ni Ramón Montaner en su crónica, ni el rey D. Pedro en su historia, llaman lengua lemosina á la que se introdujo en el reino de Valencia.

La lengua valenciana, aunque catalana en el fondo, forma, sin embargo, un dialecto distinto ó romance provincial, conocido antiguamente con el nombre de *lengua materna*. Á raíz de las conquistas del rey D. Jaime, pasaron á establecerse en Valencia multitud de catalanes, aragoneses, castellanos, provenzales, navarros y portugueses que, con sus diferentes costumbres, llevaron á la región del Turia distintos modos de hablar que, confundidos entre sí y unidos al provenzal primitivo, formaron un nuevo dialecto.

Después de algunos siglos de uso brillante, comenzó á decaer el lemosín, al mismo tiempo que el rey Felipe V privaba de sus fueros y libertades al reino de Valencia.

«Ese lenguaje, dice D. Vicente Boix, refiriéndose al valenciano, hablaron nuestros paladines en las Cortes de Aragón y de Tolosa; ese lenguaje usaron aquellas Cortes valencianas que fueron un modelo de gravedad, de sensatez, de independencia y de patriotismo; ese lenguaje usaron aquellos antiguos *Jurados*, á quienes no pudieron doblegar jamás ni el oro de la corte, ni las amenazas, ni los príncipes más poderosos; ese lenguaje usaron aquellos batalladores que abrieron tan inmenso porvenir á la España de Carlos I y de Felipe II; en ese lenguaje escribieron sus dulces poesías Jaime Febrer, En Jaime Roig, En Jaime Siurana, Luis Juan Valentí, Andrés Martín Pineda, Joan Joan, Bernardo Fenollar, el caba-

(1) *Historia de Valencia*.—Algunas noticias sobre la lengua lemosina con relación á Valencia.

llero Jaime Gasull y el célebre Ausias March, digno hermano de armas del desgraciado príncipe de Viana, y todavía sentimos renacer en nuestro pecho la grandeza de aquellos días de oro, cuando leemos el *Llibre de les dones ó la Cudolada*, el *Procés de les olives ó Disputa entre viudes y doncelles*, las *Cántigas de amor* y la *Brama dels llauradors*.»

El lemosín refugióse, por último, en la barraca del labrador, perdida entre bosques de naranjos y verdes olivares, y dejó de ser el idioma adecuado para la manifestación de elevados sentimientos y grandes ideales.

Á mediados de este siglo, siguiendo en Valencia el movimiento regionalista iniciado en Cataluña y otras regiones algunos escritores valencianos comenzaron á cultivar de nuevo el lemosín, procurando, aunque inútilmente, despertar el gusto por la antigua lengua.

Teodoro Llorente, el ilustre vate cuyo nombre sirve de epígrafe á este ligero estudio, ha sido en su juventud, y es todavía hoy, uno de los más entusiastas propagandistas del renacimiento de la literatura regional de Valencia, y como tal vamos á considerarlo en este bosquejo.

II

El renacimiento literario de Cataluña tuvo un eco inmediato en la ciudad de Valencia. El erudito bibliotecario don Mariano Aguiló fué el apóstol encargado de pregonar la nueva idea, y D. Teodoro Llorente y D. Vicente Querol, los dos trovadores entusiastas que se dispusieron á ensalzarla en cantos llenos de inspiración y de ardor juvenil.

Hé aquí cómo refiere el Sr. Llorente, en el prólogo de su *Llibret de versos*, sus primeros pasos literarios, y cómo llegó á sus oídos el eco de la *renaixensa*:

«Cuando la campana del colegio del patriarca, con sus notas argentinas tocaba la hora de salir del aula, dos estudiantes separábanse del bullanguero grupo de sus compañeros, subían corriendo las escaleras de la Biblioteca, como si les faltara tiempo, entraban, y sin pararse en las mesas de

los lectores, penetraban resueltos en el departamento reservado donde se guardan las joyas bibliográficas, los ejemplares únicos, los incunables, los códices primorosamente iluminados, los pergaminos antiquísimos, los manuscritos originales. Allí encontraban al bibliotecario, D. Mariano Aguiló, siempre estudiando con afán el nacimiento y la historia gloriosa de la literatura valenciana. Había llegado ya á aquellos jóvenes el eco del renacimiento lemosín; habían leído ya los primeros libros de versos catalanes; habían escuchado ya en la misma Valencia á aquel precursor que se llamaba Tomás Villarroja, digno de figurar al lado del gran Aribau, que hace ya cuarenta y tantos años cantaba versos tiernísimos *en la olvidada llengua dels seus avis, més dolsa que la mel*; tenían ya predilección por esta poesía tan vieja y ahora tan nueva, pero les faltaba oír á un apóstol que inflamara su corazón y les hiciese congregarse en la santa comunidad de trovadores nuevos.

Esa misión de apóstol la desempeñó á las mil maravillas el Sr. Aguiló. Todo un mundo que estaba muerto y enterrado bajo aquel montón de libros empolvados revivía al fuego de su palabra y se alzaba glorioso y resplandeciente.»

Al mismo tiempo que Víctor Balaguer, Bofarull, Cortada, Pons y Gallarza y Miguel V. Amer (1) celebraban en Barcelona los primeros Juegos Florales en el año 1859, el señor Aguiló iniciaba la misma idea y la llevaba á cabo en la patria de Ausias March.

Con el nombre de Juegos Florales y promovidos por la Sociedad Liceo de Valencia, se celebró en el Paraninfo de la Universidad, el año 1859, un certamen literario, en el cual por primera vez se ofrecieron premios juntamente á la poesía lemosina y á la castellana.

En los certámenes literarios que se celebraron desde entonces, cobraron merecida fama y obtuvieron los títulos de *Mestres en Gay Saber*, además de Teodoro Llorente, el malogrado Constantino Llombart y José Puig Torralba. Otros muchos poetas valencianos tomaron parte con bastante asi-

(1) *Origen de los Juegos Florales*, por el padre Blanco García.

duidad y lisonjero éxito en estos palenques artísticos, mereciendo citarse especialmente el infatigable Jacinto Labaila, autor de un libro escrito en lemosín, titulado *Flors del meu hort*; Félix Pizcueta, novelista y poeta fallecido hace poco tiempo; Ramón Andrés Cabrelles, proclamado *Mestre en Gay Saber* en los Juegos Florales del año último; Francisco Badenes Dalmau, poeta laureado diferentes veces y autor, entre otras muchas, de una composición inspiradísima titulada *L'Enramada*; Leopoldo Trenor, José María de Latorre, Bonnet, Bodría y otros.

En 1885, publicó D. Teodoro Llorente su *Llibret de versos*. Todos ellos, dice el autor, *están inspirats per la mateix idea d'enaltir la Patria valenciana recordant ses glories y restablint el conreu lliterari de sa propia llengua*.

Esta última idea del Sr. Llorente tiene muchos adversarios en la misma Valencia, menos á apegada á su lengua que Cataluña. Dicen los antirregionalistas que es inútil resucitar una lengua que, si no está muerta, no ha podido librarse de la influencia del idioma oficial. Á esto contesta el señor Llorente en la carta-prólogo de su libro: «Lengua muerta es la latina, que ya no habla nadie, aunque para ciertas cosas se conserva en los libros; mas ¡lengua muerta la lengua valenciana! ¡Salid á la calle, detened á los primeros que pasen, y sabréis si es lengua muerta; id de pueblo en pueblo, y veréis que está más viva que el pajarito más cantador!»

Luego dice que el crear nuevos idiomas fuera locura, pero que si hay un pueblo que habla lengua propia, ¿por qué impedir que lleve un rayo de poesía á los que la aprendieron de los labios maternos? ¿Qué daño hay en ello?

Mas ahora resulta, según los adversarios de la *renaixensa*, que esos versos no están escritos en el valenciano que hoy se habla, que el pueblo no los entiende, y que sólo sirven para *calfemant de cap d'uns quans sabihondos filolechs*.

Algo parecido sucede también en Cataluña, á pesar de que el catalán es una lengua ya formada. Dice el Sr. Sardá (1),

(1) Poesías de Adolfo Blanch, con un prólogo de Juan Sardá.

hablando del poeta Adolfo Blanch, que hay palabras en las poesías de éste *que hasta á los prácticos resultan oscuras, con detrimento, no pocas veces, de la inmediata percepción de la belleza del concepto á que sirven de vestidura.*

Otro tanto podríamos asegurar nosotros de los poetas más distinguidos de Cataluña, Valencia y Galicia.

El mismo Sr. Llorente viene á afirmar las teorías de sus contrarios, diciendo que en Valencia tenían una lengua viva y una literatura muerta; que aunque nunca dejó de escribirse, los autores de romances y los que después la llevaron al teatro y al periodismo satírico y festivo, usáronla sin estudio y tal cual la encontraron en los labios de la gente indoc-ta y bárbaramente castellanizada en la ciudad; que hay un montón de dicciones que se han perdido en unos puntos y en otros se conservan; que los habitantes de Valencia no emplean algunas de ellas, y hasta las desconocen, que al salir á la huerta se encuentran vivas y significativas.

Entre otras cosas, pregunta y exclama: «¿Se han de adoptar de nuevo las palabras perdidas y olvidadas? ¿Se ha de renunciar, por miedo de no ser comprendido, al nombre valenciano propio, cuando éste ha sido sustituido por otro castellano? ¡Qué de dudas á cada renglón que se escribe!»

Los poetas catalanes defienden los fueros del antiguo condado y algunos hasta pretenden formar una nacionalidad aparte; los poetas gallegos lloran el triste abandono en que el resto de España deja á su amada región y á veces lanzan apóstrofes tan enérgicos como aquel de la inmortal Rosalía, que dice: *Pobre Galicia, non debes—chamarte nunca española,—que España de tí s'olvida—cando eres ¡ay! tan hermosa.* Los vates valencianos conténtanse con recordar las glorias de su antiguo reino y con ensalzar el renacimiento lemosín.

En las estrofas que el eximio autor del *Llibret de versos* dedica á sus compañeros de Cataluña, se ve la diferencia de ideales que alientan los trovadores de ambas regiones.

Teodoro Llorente les dice que grandes son los hechos de los pasados siglos y que bien hacen en cantarlos los nuevos trovadores, pero que no pretendan éstos que vuelvan aque-

llos tiempos, pues han muerto para siempre los Jaimes y los Borrels.

Una cosa parecida expresa el Sr. Sardá al tratar del regionalismo.

«Ilusiones inútiles—exclama el Sr. Sarda.—Hemos sido un río con aguas propias que, descendiendo de altísima montaña, hemos seguido nuestro curso en la historia, ora caudaloso, ora debilitado, hoy arrastrando plácidamente una corriente tranquila, mañana saltando por entre guijarros en tormentosa carrera. Hemos tenido un nombre y lo hemos dado á la tierra que recorriamos. Hoy todo se ha acabado. Una fuerza fatal nos ha impelido al mar grande hasta perder nuestra vida antigua, llevando la impulsión tan fuerte que, aun dentro del mar, hemos destacado por algún tiempo la faja de nuestra corriente absorbente y absorbida por el agua que nos empuja. Mas la impulsión decrece cada día. Es inútil que queramos volver atrás. La masa nos avasalla, nos ahoga...

.....

¡Volver atrás el río, si ya es el mar!»

En la poesía titulada *La morta viva* finge el poeta que la musa valenciana sacude su penoso letargo, rompe los grillos que la sujetaban y alza los brazos triunfante, trocando en verdes laureles la palma del martirio que antes tenía en las manos, y en medio de la admiración de los evidiosos que gozaban con el triste espectáculo de su muerte.

Un pobre trovador está enamorado de la *Dama del Rat Penat* (Valencia), que en un principio no hace caso del enamorado doncel.

«Yo soch, diu, el poeta que avuy surt de la tomba;
No fuxques, bella dama, no fuxques tú de mí;
Yo soch lo darrer eco, que encara trist rimbomba
Del parlar llemosí.»

La arisca dama, conmovida, vuelve hacia el joven sus ojos
«pleins de raigs de sol.»

«¿Per qué obrirme tardes los amorosos brassos?
 ¿Per qué en renovar ductes los oblidats amors?
 Vine, y de nou nos vegen units en eternos llassos
 Los segles venidors,»

Al fin vence la poesía, y la *Dama del Rat Penat* cae en los brazos que le tiende el poeta.

En el *Canto á la Patria* pone el Sr. Llorente en boca de la musa valenciana entusiastas frases de adhesión patriótica.

Para España son los santos recuerdos de sus abuelos, los frutos de su campiña, las flores de sus jardines, el ingenio de sus poetas, la ciencia de sus sabios, la amorosa canción que le consagra.

«No la rebujes, mare, perque la llengua oblides
 Que en los palaus y els temples tan dolça soná un temps.
 Si en eixa parla escoltes tes glories repetides,
 Si canta tes grandesses, si plora tes fèrides,
 ¿Qué es lo que tú receles? ¿Qué es lo que de ella tems?
 ¿No veus, blanques ó grogues, morades ó vermelles
 Les roses resplandeixer ab diferent color?
 Puix lo mateix aroma te donen totes elles:
 Les muses espanyoles som com eixes flors belles,
 Parlem distinta llengua, tenim lo mateix cor.»

La barraca y el *Rosari de la viuda* son, á no dudarlo, las mejores composiciones del *Llibret de versos*. En ellas se pinta de un modo maravilloso el encantador país valenciano con su cielo incomparable y su huerta llena de perfumes; en ellas palpita el alma del pueblo trabajador, honrado y feliz en medio de una naturaleza exuberante; en ellas tienen un eco dolores de esos que conmueven al más insensible é interesan al más indiferente.

En las distintas literaturas regionales hemos observado que las composiciones casi siempre más celebradas son aquellas que pintan tipos, costumbres y tradiciones. Así en los *Aires d'a miña terra*, de Curros Enríquez, el príncipe de la poesía gallega, como le llamó un reputado crítico y querido amigo nuestro, después de la *Virxe d'o Cristal*, la mejor poesía es *Una boda en Eneibó*, corto poema descriptivo que

tiene verdadero sabor regional, y cuyo grandísimo mérito sólo pueden apreciar debidamente aquellos que conocen las costumbres patriarcales de la hermosa Galicia y comprenden la *doce y mimosiña fala* de Macías.

También en los *Cantares* de la inmortal Rosalía Castro destácase por su belleza la descripción de la romería de *Nosa Señora d'a Barca*.

De *La barraca*, de Teodoro Llorente diríamos nosotros lo que dijo la insigne escritora Emilia Pardo Bazán hablando de los versos del vate gallego Valentín Lamas: *que tiene olor á la tierra, olor á la tierra valenciana, llena de azahares, cubierta de pámpanos, cruzada en mil direcciones por azuladas acequias*.

Hé aquí algunas estrofas, para que el lector compruebe por sí mismo la verdad de nuestras afirmaciones y juzgue el mérito extraordinario de tan hermoso cuadro de costumbres:

«Com la gabina de la mar blavosa
Que en la tranquila platja fa son niu,
Com lo nevat colom que'l vol reposa
Del arbre vert en lo brancatge ombriu,
Blanca, polida, sorrissent, bledana,
Casal de humils virtuts y honrats amors,
L'alegre barraqueta valenciana
S'amaga entre les flors.

Baix la figuera, hon los aussells del horta
Canten festius l'aubada matinal,
Al primer raig del sol obri la porta
Y als ayres purs del cel lo finestral;
Y com la mare cova á la niuhada,
Les amoroses ales estenent,
Pobre trespol de palla ben lligada
La guarda de un mal vent.

Quatre pilars, més blanchs que la azucena,
Forment davant un pórtich de verdor;
Corre sobre ells la parra, tota plena
De pampols d'esmeralda y rahins d'or;
A son ombra lo pa de cada día
Repartix á sos fills lo trevall sant,
Y en la taula la pau y l'alegría
Les flors van desfullant.

A un costat obri'l pou lo humida gola;
 Y per que tinga perfumat dosser
 La garlanda de flors, que al vent tremola,
 Estén sobre'l brocal un germiler,
 Y per la franca porta may tancada
 Les flors despresaes y el flairós perfum
 Adins penetren, en la dolsa onada
 Del ayre y de la llum.

Penjen del mur l'aixada y la corbella,
 Que á terra fan doblar lo süat front;
 Lo pulcre canteret, que la donzella,
 Encombrant lo bras nu, porta á la font;
 Y plena de armoníes misterioses,
 La guitarra, que ensemps gemega y riu,
 A la llum de la lluna, en les gustoses
 Velades del estiu.

Allá dins, entre alfábegues florides,
 En lo corral, baix l'ample taronger,
 Mormorejant pregaries benehides,
 La mare agrunsa á son infant darrer;
 Y al cim de la cabanya, fent la un temple,
 Santificant sos gotjos y dolors,
 Obri eterna la creu, per digne eixemple,
 Los brassos protectors!

Tot siu entorn: va l'aigua cristalina,
 Corrent entre pomelles de lliris blaus;
 Sorolla dolsament la mar vehina;
 Mohuen els arbres veintijols suaüs;
 Y si el fillet dormit á la mamella
 Mira la esposa y calla, ou á lo lluny
 Llarga cansó del home, que la rella
 Enfonsa ab valent puny.

¡Barraca valenciana! ¡Santa y noble
 Escola del trevall! ¡Modest bressol
 Del que nos dona el pa, laboriós poble
 Curtit pel vent y brosejat pel sol!
 Mes que'ls palaus de jaspis y de marbres,
 Mes que les archs-triomfals y els coliseus,
 Tú, pobre, niu perdut en mitj dels arbres,
 Valdrás sempre als ulls meus!

En tu naixqué la hermosa campesina
 Que tot lo mon contempla embelesat,
 L'lauradora ab aspecte de regina,
 Plena ensemps de modestia y majestat,
 La de ajustat gipó y ayroses faldes;

La que'l foch de l'Arabia du en los ulls;
 La que clava ab agulles d'esmeraldes
 Los negres cabells rulls;
 La que la roja frausa, al rompre'l día,
 Cull una á una, y en brillant pomell,
 Que la mateixa Flora envejaría,
 Junta el gesmil, la rosa y el clavell;
 La que desfulla la frondosa branca,
 Aliment del insecte filador;
 La que als rossos capells, cantant, arranca
 La sùtil fibra d'or,
 En tu naixqué, company ben digne d'ella,
 Sobri, sufrit, lleuger, fort y lleal,
 El que en l'aspre guaret clava la rella
 Y obri al aygua corrent fonda canal;
 El que sembra el bon gra y el arbre talla
 Y en la almàcera estra l'oli més fi,
 Y ab incansable peu follejant balla
 En lo trull ple de vi;
 El que, enflocant son aca voladora,
 La joya guanya, que á la novia du;
 El que fa refilar á la sonora
 Citra en les nits d'albades, com ningú;
 El que, pera defensa de la terra,
 Lo vell trabuch despenja del trespol
 Quan per l'horta, donant lo crit de guerra,
 Retrona el caragol.»

Lo Rosari de la viuda no desmerece en nada de la hermosa composición que casi acabamos de copiar íntegra. Tiene el mismo color local, la misma brillantez, la misma forma intachable, estando además realzadas estas cualidades por un sentimiento de profundísima tristeza que embarga el ánimo desde que se comienza á leer la primera estrofa.

Á D. Teodoro Llorente se debe la versión en rima castellana del *Fausto* de Goethe y de infinidad de composiciones escogidas de los primeros vates extranjeros.

Para terminar, aunque el Sr. Llorente no reuniese todos estos méritos literarios y tan sólo hubiese escrito su *Llibret de versos*, habría hecho de sobra para ostentar con orgullo el título de gran poeta.

CONSTANTINO PIQUER.



De la autoridad política en la sociedad contemporánea. ⁽¹⁾

III

LA EVOLUCIÓN PSICOLÓGICA EN EL INDIVIDUO Y LA EVOLUCIÓN SOCIAL

El diverso carácter que en la historia reviste la autoridad política es natural consecuencia de la diversidad de factores que constituyen una sociedad determinada en estrecha relación con las leyes generales de la evolución social.

La infancia de la humanidad puede compararse con bastante exactitud á la infancia del hombre. La actividad del niño reviste en sus comienzos los sencillos caracteres de la acción refleja: á la excitación responde inmediatamente una acción de igual intensidad; como las impresiones son primarias, no hay aún combinación de sensaciones que pueda modificar el elemento fundamental de la vida psíquica. Más adelante las sensaciones se coordinan, ya según relación de semejanza, ya por orden de sucesion, constituyendo el primer grado de la memoria; en este período, á una excitación determinada responde no sólo la simple reacción inicial, sino la producida también por la reaparición y coordinación

(1) Véase la pág. 113 de este tomo.

de los impulsos correspondientes á excitaciones anteriores, grado de desarrollo que corresponde á lo que se ha llamado instinto. Por último, la serie de sensaciones ó de imágenes se combinan á su vez mediante el procedimiento mismo que organizara aquellos primeros elementos; se destaca lo uniforme, ó sea lo general de cada una de ellas, y el elemento representativo se convierte en idea, el elemento afectivo en emoción; y surge en el hombre, débil aún, esa eflorescencia sublime y misteriosa que se llama razón, y cuyo fruto es la libertad: el espíritu que se agita ya en el germen, se manifiesta; la mano de Dios ha realizado la más hermosa de sus obras.

Algo muy semejante se advierte en el desarrollo de la humanidad. En las selvas que cubrían, casi por completo, la parte sólida de nuestro globo, vagaban nuestros antecesores en un estado del que es fácil formar idea por los descubrimientos de la prehistoria y por el estudio de las razas que aun en nuestros días no han logrado salvar los primeros pedaos de la civilización. La ignorancia, el temor, el estado de lucha constante con los grandes mamíferos que, como el tigre de las cavernas y el mamuth, en gran número poblaban la tierra, no permitían al hombre el desarrollo de sus facultades (1). La necesidad de relación sexual constituía el solo vínculo de sociedad elemental humana existente á la sazón. La tradición, que viene á ser como la memoria de los pueblos, no se hallaba aún constituida; era preciso mayor número de actos, mayor regularidad y continuidad en la vida. Inhábiles para dominar las fuerzas de la naturaleza, las destrucciones en masa de aquellas sociedades elementales eran entonces frecuentes; no había división de funciones, no había solidaridad alguna entre los hombres. Estos se limita-

(1) «El hombre vivía en la época cuaternaria. Hemos explorado las grutas en donde se refugiaba, tristes asilos que tenía que disputar con frecuencia á los animales que á su alrededor vivían.

»La lucha por la existencia obligaba á nuestros trogloditas á continuos combates, no tan sólo con vecinos tan bárbaros como ellos, sino con animales terribles como el mamuth, el gran oso y el gran león; había que desaparecer ó que triunfar.»—*El problema de la vida*, obra del Marqués de Nadaillac, traducida por el Sr. Alvarez Sereix, 1893, págs. 151 y 198.

ban á satisfacer de una manera irregular sus apetitos, sin atenerse á orden y sin género alguno de organización. El canibalismo era práctica muy general, á juzgar por los recientes descubrimientos de la antropología prehistórica (1). No había sociedad política, sino á lo más pequeñas hordas que se disolvían una vez alcanzado el objetivo de defensa ó de ataque que las uniera. La familia no se hallaba aún constituida; faltábanle los caracteres de unidad, de dirección y de permanencia en las relaciones que son sus notas esenciales (2).

Luego se constituyeron, donde las condiciones eran favorables, las primeras sociedades políticas, fundadas casi siempre en los vínculos de sangre. Las ventajas, fácilmente apreciables, de la asociación movieron sin duda á los hombres á formar reuniones permanentes. Entonces pudo consolidarse la familia y sustituir á la relación exclusiva de maternidad el principio de poder y de dirección representado por el padre. La sociedad política se constituyó pronto según el modelo de la sociedad doméstica. La división de funciones, natural en la familia, vino á ser base de la división de funciones de la tribu. La caza, la pesca y la guerra fueron la ocupación de los varones; las mujeres, los niños y los miembros débiles de la colectividad, sujetos á esclavitud, preferible siempre á la fiera violencia primitiva, se ocupaban en menesteres subalternos. La triste condición de los miembros débiles de la tribu mejora cuando el esclavo de guerra, simple objeto hasta entonces de cambio ó de alimento, se convierte en instrumento de trabajo y de producción. Las costumbres se consolidan; las condiciones favorables ó adversas al bien general se fijan en la tradición y determinan la conducta. No se vive, por decirlo así, sólo en el instante presente: la experiencia se organiza en orden á los fines primordia-

(1) Nadaillac, págs. 213, 14, 15 y 16 de la obra citada.

(2) «Los hechos son innegables: en diferentes puntos del globo hay hombres sumidos en indescriptible barbarie, sin leyes, jefes ni organización social, que viven con frecuencia en completa promiscuidad y no conocen del matrimonio más que la unión sexual, rota, como en los animales, en seguida que los hijos se bastan á sí mismos.»—Nadaillac, pág. 222.

les ó inmediatos: el alimento y la conservación de la vida. La acción refleja el impulso determinado por la simple reacción momentánea, se convierte en actividad dependiente de series de sensaciones organizadas ya en el alma colectiva. Los gérmenes de las facultades superiores se presentan sin coherencia aún y sin expresión propia. La religión, el arte, la ciencia, el derecho se confunden en sus manifestaciones oscuras, simple anticipación del porvenir, semejantes á esos vislumbres de razón que nos sorprenden en el niño y nos revelan la fuerza espiritual que en su tierno organismo se desarrolla.

Por último, el desenvolvimiento de los pequeños grupos sociales, que da por resultado necesario el contacto de todos los que habitan un mismo territorio, una misma región geográfica, y la acción violenta de la fuerza guerrera, que fué en las primeras edades de la historia el principal elemento de organización, produjeron como consecuencia esas grandes agrupaciones sociales que constituyen los primitivos Estados en el sentido histórico de la palabra. En estas nuevas colectividades vienen á fundirse las tradiciones, la experiencia, las costumbres y hábitos intelectuales de las diferentes tribus que concurren á su formación.

De la presencia simultánea de estos diversos factores se desprende ya una regla más general, resultado de una elaboración superior, fundada en mayor número de datos y por tanto más humana, más verdadera. La división de funciones, condición precisa del progreso, encuentra terreno adecuado; se constituyen las castas; á la costumbre, regla de acción que corresponde al grado de desarrollo social precedente, sustituye en gran parte la ley escrita, comprensiva entonces de toda norma, ya en el orden religioso, ya en el moral, ya en el propiamente jurídico. Al elemento casi exclusivamente natural ó físico, en que se funda toda la evolución anterior, se añade un elemento llamado á transformar la humanidad; la razón influye ya en la marcha de los sucesos sociales y, á través de cien errores, prepara el advenimiento de la justicia y de la libertad.

Las castas cerradas del Oriente y de Egipto se convierten

en las clases sociales de Grecia y de Roma. Los dioses, ávidos de sangre y de sacrificios, de Tiro y de Babilonia dejan su puesto al cosmopolitismo religioso de griegos y romanos. La esclavitud, durísima en los grandes imperios asiático y egipcio, se dulcifica en ese pueblo humano por excelencia que se llama Grecia, y en ese imperio jurídico por vocación y necesidad que se llama Roma. En el esclavo de la Odisea, y en el que es objeto de solicitud constante por parte de la jurisprudencia romana, vislumbramos ya al hombre del cristianismo, igual á los reyes de la tierra, súbditos como él del mismo Rey universal, que es Dios.

Con Cristo se abre para el hombre el reinado de la verdadera libertad, sin la cual toda obra es inútil ó nociva: la libertad de nuestra alma ante la pasión desordenada y el mal; la libertad de nuestra conciencia ante los poderes de este mundo. La sabiduría antigua había preparado el terreno; la filosofía griega y la justicia y la equidad romanas fueron como la vanguardia del cristianismo. La razón, en la humanidad como en el hombre, es el fundamento de toda libertad.

La simiente está arrojada al surco, pero necesita fructificar. La vida de la humanidad no se cuenta por años, sino por siglos. La Edad Media nos ofrece el espectáculo hermosísimo de la más pura de las ideas morales, refrenando y dirigiendo hacia el bien la fuerza brutal; época admirable que es como la cuna de nuestro pensamiento y de nuestro derecho modernos; período de vida exuberante, de fe religiosa, de valor y de caballeridad, que grabó para siempre su noble huella en la historia humana. Su desorden aparente fué ante todo variedad y riqueza; su pasión guerrera fué principalmente exceso de vitalidad y de fuerza. Si en el orden religioso es admirable no lo fué menos en el orden social. La organización económica de la Edad Media encerraba un elemento de justicia de suma importancia: la casi propiedad del operario en el taller. El estado actual del proletariado, superior en principio por cuanto supone la libertad y el contrato, significa un momento regresivo que habrá de resolverse, según todos los indicios, en una orga-

nización libre y superior de la propiedad y del trabajo.

La Edad Moderna representa ese momento de la vida en que, merced á la propia experiencia y á la ajena, adquirida por obra de la enseñanza, la razón se vigoriza y enriquece. Por lo general, á esta fase del desarrollo corresponde en el joven cierto engreimiento que le hace menospreciar los principios que hasta entonces habían inspirado sus actos. Con la fuerza que siente latir en su pecho y con las nuevas ideas que enardecen su cerebro, cree poder llegar á lo absoluto en todo. No hay dificultades que lo arredren; para él el pasado no existe, sólo tiene valor el porvenir. Autoridades, reglas de conducta, todo lo sujeta á su crítica, su ardor inexperto lo lleva por caminos en donde encuentra comúnmente la dura pero necesaria lección del desengaño y del dolor. La Edad Moderna recibe asimismo elementos de conocimiento y de acción hasta entonces no conocidos. La antigüedad clásica, con su ciencia filosófica y jurídica, con sus admirables literaturas; un continente espléndido que se abre á sus miradas atónitas, convidándole á gozar de sus riquezas inagotables; los cielos que se revelan en su amplitud inmensa; la imprenta que lleva por doquiera el pensamiento; la brújula que da segura derrota al navegante; todas estas maravillas enriquecen el entendimiento del hombre y acaloran su fantasía. Pero al verse dotado de tales medios, al columbrar el luminoso horizonte del progreso humano, rompe, en vez de ensanchar, los antiguos diques; y empieza por la violenta protesta religiosa, que sirve de escalón al absolutismo monárquico; continúa por la violenta protesta filosófica, que produce los horrores del 93, y termina con la violenta protesta social, que amenaza disolver á las sociedades en la anarquía. Efectos de la soberbia y consecuencias del saber incompleto y presentuoso. Si en vez de la rebeldía, del desprecio y del odio á las antiguas formas del pensamiento y de la vida social se hubiera reconocido en ellas la base cierta de todo progreso ulterior, y se hubieran reformado según los dictados de la prudencia, en vez de destruirlas, ¡cuánta perturbación y cuánta sangre habrían podido evitarse! Sin las violencias á que dió lugar el protestantismo, se hubiera llegado también,

como se llega en nuestros días, á distinguir el ideal religioso, principio de orden divino y moral, de los elementos impuros que temporalmente puedan alterar su institución humana: sin el grosero sensualismo del siglo XVIII, sin la risa demolidora de Voltaire, sin el materialismo de Cabanis y de Holbach, se hubiera preparado también, cual hoy se prepara, la armonía de la experiencia y de la razón, de lo positivo y de lo ideal; y sin los bárbaros sucesos de la Commune de París, sin los horribles atentados del anarquismo, sin la revolución social que tal vez la ceguedad de los hombres no sabrá evitar, la humanidad alcanzaría, sin duda, una distribución más equitativa de los bienes de este mundo.

Hasta ahora la razón, guiada por el orgullo, no ha producido el bien sino á costa de sangre y de ruinas. Esclava de las pasiones, no ha conocido la verdadera libertad. Triste es pensar que aún está bien lejano el día en que los pueblos puedan obrar con esa libertad reflexiva y serena, no exenta de error sin duda, pero que es el ápice de la vida individual como de la vida colectiva. Libertad reflexiva y serena, que no admite la violencia ni admite la injusticia. Hay quienes creen vislumbrar los resplandores de esa aurora lejana, engañados tal vez por el deseo. La fuerza, el egoísmo, el menosprecio del ideal moral son todavía hoy la norma de las sociedades. Sólo unos cuantos pensadores, no escuchados y tenidos por visionarios, siembran para lo porvenir esos gérmenes inmortales: el amor, la justicia, el reinado de Dios sobre la tierra.

Excusado parece advertir, al llegar á este punto, algo que la más sencilla reflexión y un somero examen de la historia y del estado actual de la humanidad nos revelan fácilmente, á saber: que si bien la ley del desarrollo humano que acabamos de trazar es fundamental, por cuanto constituye el orden necesario de todo progreso intelectual y moral, hay que tener presente la variedad producida, ya por la diversa aptitud de las razas, ya por las condiciones favorables ó adversas en que cada una de ellas ha vivido, ya por caracteres propios y peculiares de determinados pueblos. Así sucede que mientras la raza blanca alcanza una avanzada, civilización la raza

negra en el África y la Oceanía apenas ha salido del salvajismo primitivo; que mientras los pueblos europeos ascienden á las cimas de la más alta cultura, sus hermanos del Asia meridional se estancan y degeneran en la primitiva organización de castas; que mientras las naciones de Occidente avanzan sin cesar, luchando con ardor febril por la libertad y el progreso, los pueblos de Oriente, representados por los 400 millones de seres humanos que pueblan la China, permanecen inmóviles desde hace veinte siglos en su organización verdaderamente sabia, pero desprovista de las altas cualidades morales que enaltecen á los pueblos cristianos; y finalmente, que mientras por toda la tierra dominaban la fuerza brutal, el culto de falsos ídolos, los sangrientos sacrificios humanos y la esclavitud con todos sus horrores, en un apartado rincón de la Palestina moraba un pueblo donde resonaba siempre la voz de la justicia y de la piedad, adorador del único Dios, donde la esclavitud queda limitada á una sujeción temporal, y el esclavo es considerado como hombre y no como cosa. Así vemos, también, que en algunos pueblos reclusos en los bosques y reducidos á una vida rudimentaria se desarrolla excepcionalmente el sentimiento de justicia, y que otros, por fin, pobladores de feraces comarcas, no disputadas por otros competidores, ó habitantes en las tristes y solitarias regiones polares, se alejan del tipo depredador y cruel que caracteriza en cierta época de su desarrollo á todos los demás pueblos (1). Pero estas excepciones no invalidan los principios generales sobre que descansa la evolución de la humanidad considerada en su conjunto.

(1) «Algunas tribus enteramente pacíficas, si bien no civilizadas en el sentido vulgar de la palabra, dan pruebas de una percepción más clara de lo que constituye la equidad que aquellos pueblos civilizados en los cuales las costumbres de la vida militar restringen todavía los hábitos de la vida industrial. El dulce y concienzudo Lepcha, que evita la muerte, pero se niega en absoluto á darla; el Hos, rico en virtudes sociales, á quien la sospecha de robo llevaría casi al suicidio; el Veddah de los bosques, que apenas concibe que un hombre pueda voluntariamente herir á otro ó apoderarse de lo que no le pertenece, todos estos hombres atestiguan que la falta de una inteligencia suficiente para la elaboración del concepto de ley social fundamental no impide que exista un sentimiento muy vivo correspondiente á esta ley, así como la inteligencia clara de sus aplicaciones especiales.» — H. Spencer, *Justice*, página 57.

IV

LA EVOLUCIÓN DE LA AUTORIDAD POLÍTICA HASTA
NUESTROS DÍAS

Á esta evolución social, en rápida síntesis y sólo en sus rasgos esenciales bosquejada, corresponde fielmente en el fondo la evolución de la autoridad política.

En un principio esta autoridad se halla desprovista de órganos adecuados; la comunidad elemental carece de reglas fijas de conducta; los mismos que deciden la guerra son los que luchan; no hay verdadera unidad de acción; cada uno combate según su valor y sus recursos, y dispone, mientras puede, de su parte en el botín. No existe aún verdadero Estado, ni distinción alguna de gobernantes y gobernados. Todos son ambas cosas, ó, por mejor decir, no son ninguna, pues no hay verdadera cooperación social ni verdadera sociedad política.

Más adelante, la experiencia de las ventajas inherentes á la unidad de plan y de dirección produce la supremacía del más fuerte de los guerreros, supremacía que, limitada en un principio á las funciones de guerra, toma pronto, por la organización previa y adecuada que la guerra requiere, un carácter permanente. La autoridad del jefe de la tribu se modela por la autoridad del varón en la familia. En aquellas sociedades primitivas en que el rapto de la mujer, y, en una forma de evolución ya superior, su compra como si fuera una mercancía, eran la base de la familia, no había que pensar en que nadie ejerciera derecho ante su jefe. El jefe militar de la tribu es al propio tiempo legislador, juez, administrador y gran sacerdote. Toda autoridad está en sus manos. Esta autoridad alcanza á todos los actos de la vida, porque todo se halla subordinado al fin primero de la guerra, que constituye no sólo un medio de defensa, sino también el órgano por excelencia de la función económica. Es rica, si cabe aplicar esta palabra, la tribu que es fuerte y se apode-

ra de lo de las demás. Como los hombres son incapaces de percibir la relación que debe existir entre una disposición del poder público y el fin del interés particular ó general á que esta disposición debe dirigirse, y es, por tanto, necesaria la fe ciega en la autoridad del que manda, vemos en los pueblos primitivos dar un valor capital á preceptos ridículos ó insignificantes. Las cuestiones de forma y de ceremonial tienen siempre gran importancia donde la razón de la ley es la voluntad del príncipe. Donde las leyes tienen un fundamento racional, y la conciencia pública comprende su razón de ser, disminuye la importancia de todas aquellas formalidades que no tienen relaciones íntimas con el fin natural de toda institución y toda ley. Para los pueblos primitivos, como para los pueblos salvajes modernos, la infracción de un rito, de un detalle absolutamente inútil, es un delito gravísimo (1). El carácter de la autoridad en el primer período de su evolución es por tanto absoluto; á él se hallan subordinadas con necesidad fisiológica todas las actividades; en él se resumen, sin género alguno de separación, todos los poderes; la esfera de acción de los súbditos, lo mismo en el orden económico que en el religioso, es siempre concesión del jefe. La asociación política elemental, superior sin duda al primitivo estado de incoherencia anterior, tiene los caracteres de unidad que le impone la sola voluntad del soberano; la conexión entre sus diversos elementos y su acción al exterior revisten las condiciones de necesidad, de ausencia, de deliberación y de *consensus* voluntario, propios de la acción instintiva.

La formación de grandes agrupaciones humanas, determinada generalmente por las necesidades y azares de la guerra, produjo como consecuencia una importante modificación en las condiciones y en el ejercicio de la autoridad política. El monarca, por la imposibilidad material de atender personalmente á todos los cuidados del gobierno, hubo de confiar algunas funciones á delegados suyos, á los cuales

(1) Es ley aplicable á los individuos, como á las colectividades, la de que la subordinación de lo esencial de una institución á lo formal y material de la misma es tanto mayor cuanto menor es la capacidad intelectual; incapacidad que hace inevitable y necesaria la sumisión ciega á los mandatos exteriores.

fijó reglas permanentes que fueron como la primera forma del derecho público. Por otra parte, las guerras entre los pequeños grupos, que imposibilitaban el desarrollo de la industria y de la riqueza, fueron reprimidas en el seno de los grandes Estados, y fué posible la formación de clases consagradas al trabajo pacífico, el desarrollo de la propiedad individual, que anteriormente se limitara tan sólo á los objetos muebles y semovientes, y la constitución de un derecho privado fundado por la costumbre, aunque precario siempre por el predominio absoluto del monarca y de sus representantes. La división de castas marca un progreso, no sólo en tanto significa la creación de órganos adecuados para las funciones esenciales de la vida social, sino también por cuanto á los deberes propios de cada uno corresponden atribuciones y derechos que vienen á constituir una esfera de acción propia para el individuo y un principio de orden para la sociedad. Naturalmente, los guerreros, representantes de la fuerza, y los sacerdotes, intérpretes de la Divinidad, cultivadores de la ciencia y consejeros naturales del monarca, gozaron de grandes privilegios.

Según el carácter más ó menos guerrero de los primeros imperios, obtuvo el predominio, ya la casta sacerdotal, ya la casta militar. En la Caldea y en Egipto, regiones donde florece una civilización avanzada cincuenta ó sesenta siglos antes de Jesucristo, la casta sacerdotal ejerció una influencia preponderante. El fundador de la dinastía Thinita en Egipto, el rey Mena, vence á la clase sacerdotal y ordena nuevamente el culto (1). En la India los brahmanes ó sacerdotes mantienen siempre su preeminencia. En la Etiopía, el rey no sólo era elegido por los sacerdotes, sino que permanecía siempre bajo su dominio. «No podía emprender una guerra, realizar ningún acto importante sin pedir permiso á la Divinidad y á sus ministros. Si desobedecía ó sencillamente mostraba cierta independendencia, el clero le enviaba la orden de darse la muerte, y no tenía más recurso que someterse á esta sentencia» (2). El imperio persa, por el contra-

(1) Maspero, *Histoire ancienne*, págs. 54 y 55.

(2) Idem *íd.*, pág. 534.

rio, fué ante todo guerrero, y representa el tipo puro del Estado despótico. Darío I, el más grande de sus monarcas por sus conquistas y por sus dotes de administrador, reforma el culto, y por medio de una prudente separación de mandos en cada uno de los treinta gobiernos ó satrapías que componían su vasto imperio, evita las revueltas y ejerce un poder incontrastable. El sátrapa, dependiente en absoluto del monarca, ejercía el poder civil en toda su plenitud, repartía á su arbitrio el impuesto, administraba justicia y poseía derecho de vida y muerte; el secretario regio fiscalizaba los actos del sátrapa; el general, con frecuencia rival de las otras dos autoridades, mandaba las tropas. De esta manera las rebeliones se hacían muy difíciles. Por exceso de precaución, el rey enviaba anualmente comisarios encargados de ver y oír lo que pasaba hasta en las regiones más apartadas de su imperio, á semejanza de los *missi dominici* de la época de Carlo Magno. «Aparecían de improviso, examinaban el estado de las cosas, reformaban ciertos detalles de administración, amonestaban y suspendían en caso de necesidad al sátrapa; iban protegidos por fuerzas militares que daban á sus consejos una autoridad que quizá sin eso no hubieran alcanzado. Un informe desfavorable de estos oficiales, una desobediencia ligera, una sospecha, bastaban para perder al sátrapa; algunas veces se le sustituía, y con frecuencia se le condenaba á muerte, dejando á las gentes de su comitiva el cuidado de ejecutar la sentencia. Un correo llegaba de repente; entregaba á los guardias la orden de matar á su jefe, y los guardias obedecían por lo sola exhibición del decreto real» (1).

Bajo el predominio de una casta ó bajo el gobierno de un déspota, los grandes imperios antiguos marcan un gran paso, no sólo en orden á la civilización, sino también bajo el aspecto puramente político. Por la fuerza de las cosas, gran número de funciones ejercidas antes por el jefe de la tribu y según su voluntad arbitraria, empiezan á ser desempeñadas por la sociedad misma, conforme á reglas rígidas ciertamen-

(1) Maspero, obra citada, 546.

te, pero estables. La vida económica adquiere primero cierta independencia: el consumo, la producción y la circulación de la riqueza dejan de ser función exclusiva de la autoridad; las costumbres se fijan en Códigos que revisten ya esa impersonalidad que es esencial á la justicia; las relaciones de súbditos y gobernantes adquieren uniformidad y permanencia. El inmenso poder del monarca, la autoridad incontrastable de los sacerdotes, son un progreso evidente sobre la tiranía anterior inmediata y sin normas. Los preceptos que emanan de la autoridad regulan esferas de acción hoy independientes de todo poder exterior; pero esto era lógica consecuencia del atraso de aquellas sociedades, donde, por una parte, los gobiernos no conocían sus límites propios, y, por otra, los gobernados carecían aún de aptitud bastante para adoptar reglas racionales de conducta. El estado de guerra, que entonces era casi permanente, y el peligro constante de invasiones exigían además una gran disciplina y una gran unidad. El carácter absoluto y absorbente de la autoridad política fué en aquellas edades un gran bien; los pueblos divididos eran de seguro aniquilados. En medio de las calamidades sin término que la guerra, ese instrumento cruel del progreso humano en las épocas pasadas, esparcía sobre la tierra, los grandes imperios, gobernados por rígida disciplina, ordenados bajo principios inflexibles de jerarquía social, donde todo se subordinaba á la autoridad política, eran el único refugio donde podían cultivarse las ciencias y las artes, preparando, por el conocimiento de la naturaleza y la depuración de las ideas, días más venturosos para la humanidad.

Lo fueron ya los que vieron florecer la civilización helénica. En Grecia, las castas primitivas decaen y llegan á desaparecer, viniendo á ejercerse los poderes públicos por la totalidad de los ciudadanos. No es de este lugar reseñar las vicisitudes por que atravesaron las repúblicas griegas, ni las diferencias que separaron sus organizaciones políticas representadas por la monárquica y rígida Lacedemonia y por la democrática y culta Atenas. El carácter fundamental de sus instituciones políticas es, por una parte, la participa-

ción de todos los ciudadanos en el gobierno; por otra, la subordinación de los fines individuales al fin colectivo de mantener la grandeza y la independencia del Estado. No son ya las leyes producto de la voluntad de un hombre ó de una casta privilegiada, sino obra de la colectividad. La libertad clásica consistía en el ejercicio de la función política. Esta era una garantía de justicia que no puede desconocerse. Lo arbitrario, que es la forma elemental y más grosera de la autoridad política, desaparece. Reconócese el carácter de generalidad, de impersonalidad de la ley, y el hombre adquiere la noción de su dignidad como miembro de una sociedad política, como ciudadano. No conocía aún su valor como ser racional y libre en el seno de la gran familia humana; antes, por el contrario, la esclavitud era la base de la organización social. Ni el vuelo de águila del divino Platón, ni el admirable razonar de Aristóteles alcanzaron á vislumbrar los fundamentos de la fraternidad ó de la libertad humanas. Pero aun incompleta, por razón de la esclavitud, la igualdad política griega dió al hombre libre la conciencia, antes desconocida, de su dignidad ante los demás hombres; y casi pudiera afirmarse que es el germen del derecho que más tarde debía limitar, por la sola inspiración de la razón, el poder del Estado sobre la vida privada y sobre los bienes de los ciudadanos. Al amparo de aquellas instituciones, el pensamiento humano, recogiendo los resultados de la sabiduría del Oriente y de Egipto, alcanzó el conocimiento de las más altas verdades de la filosofía moral; el arte modeló sus tipos de inmortal belleza, y la industria y el comercio poblaron con sus colonias y factorías hasta los confines occidentales del Mediterráneo. Lo único que desconocieron fué el derecho del individuo á regular su vida privada, á escoger el género de ocupación que le plazca, á sentirse árbitro de su conducta moral, á dar educación á sus propios hijos; en una palabra, desconocieron por completo la libertad moral y la libertad civil. La autoridad todo lo invadía: en Esparta llegó á limitar de una manera indirecta, pero eficaz, hasta las efusiones conyugales. Aristóteles en su *Política* sostiene, de acuerdo con Platón, la necesidad de que el Estado se

haga cargo de los hijos varones para dirigir su educación según las necesidades públicas. Combate las teorías de su maestro respecto á la propiedad individual, que considera útil á la república; pero estima prudente no dejar abandonada á la libertad la procreación de la especie, sino autorizar ó restringir los nacimientos en atención á las necesidades del Estado (1).

EDUARDO SANZ Y ESCARTÍN.

(Continuará.)

(1) Aristóteles, *Política*, Lib. II, cap. III.





CÉSAR PASCARELLA

II

Allá junto al Tíber, paralela á su corriente y tan inmediata que si se desborda es de las primeras que inunda, está la vía Giulia, que, arrancando del puente Sixto, acaba al pie de las gradas de la iglesia San Juan de los Florentinos. Se había llamado antes *vía Magistralis*, porque en ella habitaban los notarios; debió su nuevo nombre al Pontífice Julio II, que proyectó en ella magníficas construcciones, y desde entonces hasta fines del siglo pasado fué una de las más concurridas de Roma; pero hoy que la vida de la ciudad ha venido al centro, aquella extremidad resulta fría: larga, ancha y recta, abunda en palacios cuyas portadas ostentan el blasón de los Médicis. Cerca del puente en que comienza hay una iglesia pequeña, un oratorio, llamado de la Buena Muerte, donde tiene su Sede una cofraternidad que debe subsistir á tantas y tantas reformas como se proyectan en los institutos religiosos.

Forman esta hermandad individuos de todas las clases sociales, siendo su objeto recoger los cadáveres de quienes mueren en la campiña romana, víctimas de una desgracia ó de duelo sin caballerescas formalidades ó de alevosa asechanza. Envueltos en toscos sayos, cubren sus cabezas an-

chos sombreros, que son quitasoles en verano, paraguas en invierno; parten del oratorio los que casi siempre van, pues en esto, como en todo, los cofrades acomodados hallan siempre disculpa para eximirse del penoso deber que voluntariamente se impusieron. Hacen las tristes excursiones los más infelices, almas nobles, corazones generosos, que sin miedo á los rigores de la estación, cargan con las parihuelas, andan leguas y leguas para traer á sepultar restos desgraciados, que, si quedaran abandonados en el lugar donde sucumbieron, serían pasto de carniceras bestias.

Obra de caridad en todos los tiempos, deber religioso en no pocos pueblos de la antigüedad, cuyo olvido era castigado severamente en muchos de ellos, el enterrar los muertos es inclinación natural, y en nuestros días, que las tradiciones religiosas van pasando á la historia, ésta se conserva viva y latente: no es raro ver un grupo de hombres que precedidos del sacerdote, cargados con la fúnebre angarilla, caminan horas y horas, restaurándose en las hosterías, refrescándose si hace calor ó buscando el agradable estímulo que da al cuerpo desfallecido un trago de buen vino, tomado en medio del campo, uno de esos días fríos en que parece van á helarse hasta las palabras. Cualquiera sea la puerta de la ciudad por donde se salga, la campiña romana es la misma; todo el espacio á que alcanza la vista, desde el punto en que se esté, hasta la remota línea en que el cielo parece besar la tierra, resulta plana; la quiebran sólo ligeras ondulaciones, que producen bajísimas colinas, casi imperceptibles desde un lugar elevado.

La primavera con su florida mano tiende sobre ella tapiz verde esmeralda, igual completamente, sin más gradación que la que da el efecto óptico producido por la distancia; la vista se deleita entonces, se alegra; el sol fuerte del estío la tuesta, haciéndole tomar visos rojizos, que le dan semejanza con tejido tornasolado, y al llegar el otoño con sus brisas húmedas, su sol pálido y sus cielos brumosos, esta campiña pierde las galas que únicamente la naturaleza le da, adquiriendo tristísimo carácter, semejante al de todas las landas. Tiene, sin embargo, una propiedad que la caracteriza; ¡tris-

te propiedad por cierto! La incuria en que la han dejado los hombres durante muchos siglos, las devastaciones que en ella han llevado á cabo hordas, mesnadas y ejércitos que sucesivamente sitiaron á Roma, la falta de cultivo en que yace por falta de brazos y capitales, son causas de que resulte campo de muerte lo que, según los poetas latinos, era amenísimo jardín en los tiempos clásicos.

Sobre el rocáceo subsuelo que en tantos puntos cruza intrincado laberinto de galerías, que abrieron los primeros cristianos para librarse de las horrendas persecuciones imperiales, se posa el agua llovida y no se agota hasta que en la canícula los ardores del sol la hacen evaporar. Estas emanaciones, que enturbian la atmósfera, dándole aspecto de cristal empañado, esparcen en el ambiente miriadas de seres imperceptibles, que aspiramos, se disuelven en nuestra sangre y nos envenenan. ¡Pobres de cuantos necesariamente tienen que vivir en ella, si carecen de medios para combatir la terrible *malaria*! La fiebre no los mata, pero los roe, cambia el color de sus rostros, altera funciones de su organismo, mina sus vísceras y al fin pierden la vida, víctimas de una enfermedad á que la ciencia dará el nombre que quiera, pero que es siempre malaria.

Aquella vasta extensión de terreno es campo de acción donde los hermanos inscriptos en la cofradía de que hablamos ejercitan su piadoso fin. El poeta popularísimo que venimos estudiando, fiel observador de las particularidades de esta tierra, no podía menos que trazar un cuadro cuyo motivo principal fuera la obra de caridad, siempre digna de encomio, cuyos detalles tenían que ser necesariamente mil incidentes á que se presta una excursión de esta especie, en el que campearan usos y costumbres de la Roma moderna, prácticas inveteradas de que no pueden prescindir. Leyendo los cinco sonetos dedicados á este asunto se admira el singular cuidado puesto en la transcripción de lo que parece oyó referir, y no es así, sino que, conocedor profundo de estos hombres y de estas cosas, no las copia, las fotografía, iluminándolas además con las potentes luces de su imaginación y de su fantasía.

En una riña, ocasionada sin duda por fútiles motivos, ha muerto un hombre, y el cadáver yace tendido en un campo pantanoso distante de la ciudad. Uno de los cofrades, en quien sin duda encarnó César Pascarella al menos el tiempo necesario para sentir admirablemente la escena, da cuenta de ella minuciosamente. Comienza por enumerar los acompañantes:

C'erimo io, Peppetto de li Monti,
 Checco Cacca, Giggeto Canipella...
 ¿Chi antro c'era?... L'oste a via Rasella,
 Stefano er tornitore a Tor de' Conti,
 E me pare, er droghiere a li du' ponti,
 Cencio la Quajia, Zio de la Renella,
 Er Teoligo, Peppe... e la barella.
 All' una e un quarto stami tutti pronti.
 Prima d' usci mannassimo Nunziata
 A giocacce dar Sordo 'n ambo sciorto,
 Cinque «mortorio» e trenta la «giornata.»
 Poi sintissimo bene da Grigorio
 Er mannataro, dove stava er morto,
 E uscissimo a le dua dall' oratorio (1).

Esta enumeración clara, precisa, detallada de tal modo que á quien la hace no puede quedar duda de haber sido entendido, que quien la escucha queda perfectamente enterado, pues no omitió ni nombre, ni apodo, ni indicación de profesión, ni vivienda, tiene como complemento una nota cómica que prueba la escrupulosidad en los detalles. Nombrados los hermanos que van al triste convoy, cuenta después *la barella*. No podía ser menos; el fúnebre indumento desempeña parte principal en la escena, y el narrador, que hace pausadamente memoria de todo, no podía omitirla,

(1) Éramos yo, Pepete de los Montes,—Curro Cacca, Luisillo Canipella.—¿Quién más estaba?... El tabernero de calle Rasella,—Esteban, el tornero de Tor dei Conti,—Y me parece que el droguero de los dos puentes,—Vicente la Quaglia, Zio de la Renella,—El Teólogo, Pepe... y la angarilla. — A la una y cuarto estábamos dispuestos.—Antes de partir mandamos á Asunción—Para que jugara en la Administración del Sordo un ambo seco.—Cinco, entierro, y treinta, el día que era.—Después nos enteramos bien por Gregorio,—El mayordomo, dónde estaba el muerto,—Y salimos á las dos del oratorio.

hasta le da personalidad, es un compañero más, y de tal importancia que sin ella no podría hacerse nada. Todo dispuesto ya para emprender la caminata, se detienen, sin embargo, para tentar la suerte, tomando agüero de las circunstancias, pues este pueblo no ha perdido ninguna de las supersticiones que, nacidas á la sombra del paganismo, sirvieron en tiempos pasados para engrasar sacerdotes que, comerciando vergonzosamente con ellas, conseguían pingües ganancias. Es menester vivir en Roma algún tiempo para comprender hasta qué punto están dominados por preocupaciones, no sólo los del vulgo, sino también muchos individuos que por su educación y cultura debían verse libres de ellas. Observando atentamente cosas y estudiando hechos se comprende la fuerza que conceden aquí á ciertas prácticas vanas, de que en vano ríen, queriendo disimular, quienes las ejecutan, pues á la primera ocasión repetirán, probando que les domina siempre igual sentimiento. Aquí existen todavía seres desgraciados que, sin saber por qué, muchas veces por una tontería, por una insignificancia, adquirieron fama de hacer mal de ojo, como decimos nosotros, de ser *jettatori*, como dicen los italianos; apenas entran en un salón, los demás se apartan, los esquivan, casi huyen, y si por deber ineludible que prescribe la educación más elemental se les acercan, les darán la mano en señal de amistad, pero con la otra, cubierta, formarán cuernos, extendiendo el meñique y el índice, que es, según piensan, seguro medio para conjurar el mal que temen.

Donde estas preocupaciones campean más y adquieren carácter más risible, es en todo lo referente al juego de la lotería. El Gobierno italiano, como el nuestro, persigue encarnizadamente el juego de azar, cuando un particular cualquiera se erige en banquero, si la timba no se halla establecida en círculo aristocrático; pero no perdona medio para encariñar con el que tiene establecido por cuenta propia y seducir con anuncios de seguras ganancias á los infelices que confían más en la suerte que en el trabajo, á los ilusos que recuerdan con fruición que una vez un tal á quien nadie conoce ganó millares de pesetas con una sola; inútil cuanto se

haga por disuadirlos de una pasión que causa no pocos disgustos en la familia; todos los sábados jugarán forzosamente, aunque la suma empleada deje incompleto el pago del alquiler, aunque dicho gasto sea causa de que un día de la semana hijos y mujer queden sin pan. Existe todavía el antiguo sistema del ambo, terno y cuaterna: para conseguir premio es menester acertar dos números al menos, y como esto relativamente es más fácil, la ganancia es mucho menor que si aciertan terno seco, ó sea si salen del bombo tres números jugados ó cuatro, que, si no imposible, es al menos tan difícil que ninguno de los encarnizados jugadores con quienes hemos hablado recuerda semejante ventura.

Los noventa primeros números son los que constituyen la jugada; entran en el bombo, y lo mismo que en nuestro país, un desgraciadito asilado en casa de misericordia está encargado de sacar los cuatro con que se realizan las combinaciones apetecidas. Dado esto, el azar no puede ser mayor y la fortuna es independiente de toda combinación, sueño, agüero, circunstancia particular, etc., etc.; pero quien trate de probar que es así, porque no puede ser de otra manera, perderá lastimosamente su tiempo. Hay muchos imbuídos de semejantes preocupaciones que quieren hacerlas compatibles con ideas religiosas que no pueden abdicar; éstos, cuyo número no es escaso, creen positivamente que los frailes capuchinos tienen don de adivinar premios, y hay quien sostiene que á esto deben gran parte del prestigio que conservan entre el vulgo, que ésta es la causa de la abundante limosna que recogen; pero nada más falso, no ya que sea cierta la virtud que les atribuyen, pero ni siquiera que se presten á la indigna farsa; más de una vez, allá en los barrios extremos, habitados como en todas partes por gente pobre, vimos infelices mujeres que calentándose al sol, mientras amamantaban sus hijos, gritaban al fraile mendicante: *Frate Giulio, datemi i numeri*; pero no lo es menos que el buen hijo de San Francisco, en vez de los números pedidos, entre broma y veras, les daba suave reprimenda encaminada á probarles que el simpático santo de Assisi no les había dejado receta para hacer fortuna, sino sabias máximas y

laudable ejemplo para amar la pobreza. Otros se entregan de lleno á predicciones de gentes que aquí, como en todas partes, ganan su vida á costa de los tontos; los más toman presagio de circunstancias particulares en que se encuentran, de hechos favorables ó adversos, de cosas soñadas, pues cada una tiene número asignado en el *Libro mágico*, en la *Clave de la fortuna*, en los *Medios para enriquecerse* y otros manuales por el estilo que se hallan pendientes de mugrienta cuerda en casi todas las administraciones de loterías, para que el jugador pueda consultarlos antes de tirar su dinero. Muchos son ya tan prácticos, que se saben de memoria lo bastante para dar número á cuanto ocurra; si en presencia de ellos se refiere sueño en que se dejó ver un muerto que le hablaba, exclaman ¡47! Si le añadís que esto os causó miedo, dicen 90 para completar el ambo: si en vez de esta escena pavorosa soñáis la horripilante de que contraéis matrimonio, exclamarán ¡84!; mas si por fortuna vuestra la Virgen Santísima os libra de tan gran desgracia, debéis jugar el 60, pues la excelsa Madre de Dios, los Santos y hasta los demonios tienen número señalado en los libros cabalísticos, á que la gente ignorante presta más fe que los hebreos á sus grandes profetas. Y no sólo con los sueños, con las escenas de la vida real ocurre lo mismo: hace años un polvorín cercano á Roma hizo explosión, causando numerosas víctimas y daños considerables; la jugada del sábado siguiente, en todas las administraciones de Roma, abundó en las combinaciones formadas con 17, 28 y 30, porque el primero significaba desgracia, el segundo pólvora y el tercero fué el día del mes en que ocurió la catástrofe. Ninguno de los indicados números salió premiado; pero no importa, el vulgo sigue firme en sus creencias y está seguro de que hay medios infalibles para adivinar los que saldrán premiados. Este último extremo lo prueba otro hecho á cuyo recuerdo no podemos menos que reir: hace tiempo falleció casi repentinamente rica señora caritativa, de sentimientos tan benéficos que era amada por todos los pobres. Al saberse su muerte, ocurrida el 23 del mes, á las nueve de la mañana, los asiduos mendigos jugaron un terno con los dos números indicados, del

día y la hora, añadiendo 74, que era el de los años que la señora decía tener. Verificado el sorteo, resultaron favorecidos los dos primeros, pero en vez del 74 salió el 78, con lo que todas las combinaciones caían por tierra; este fracaso hizo olvidar los favores recibidos, las virtudes de la caritativa protectora, y declarando de una manera expresa que para ellos lo infalible era el cálculo hecho con tan ilusorios elementos, exclamaban: «¡Ah, bribona! ¡Nos ha engañado! ¡Por presumir decía tener setenta y cuatro años y se quitaba cuatro!»

El cofrade de que se sirve Pascarella en estos sonetos para contar lo sucedido, con motivo del *Muerto en el campo*, creía lo mismo; por eso, como si fuera deber religioso, antes de emprender la marcha, mandan á la mujer á la administración del Sordo, que debía ser de las más afortunadas, para que juegue un ambo seco, esto es, que ponga toda la suma á dos números, sin más combinaciones, y como entiero es 5 y del mes estaban á 30, á éstos confiaron la fortuna de que tanta necesidad tenían.

Roma conserva todavía murallas que, si bien de poquísimo valor como elemento de defensa, hacen recordar toda su historia. Los encargados de conducir el cadáver insepulto en el campo, apenas fuera de la ciudad, deseando abreviar el camino, se aventuran en una trocha, contra el parecer del más prudente, que sin duda recordaba aquello de «no hay atajo sin trabajo;» las seguridades dadas por quien se vende experto cazador y conocedor del terreno, es causa del más triste incidente; tras mucho andar, se convencen de que han perdido la senda, de que se hallan á gran distancia del punto á que hubieran llegado fácilmente siguiendo el camino real. Sin tener necesidad y sin querer, se encuentran cerca de Marino, poético y riente *castello romano*, feudo un día de la poderosa casa Colonna, campo de batalla donde se dirimió la contienda entre Clemente VII y Urbano VI, que se disputaban la tiara con las armas en la mano. Aquellas tierras regadas antes con la sangre de los secuaces de Cola de Rienzo, donde más tarde Alberico de Barbiano, fundador de la Compañía de San Jorge, que dió á Italia sus mejores capi-

tanes de aventura, venció á los bretones defensores del hijo del Conde Amadeo de Ginebra, están hoy plantadas de fértiles vides que dan sabroso vino: condúcenlo á Roma los traficantes en carros característicos, cuya parte delantera forma una especie de calesa, nido cubierto, donde se resguarda de la intemperie el conductor y reposa mientras el sonido de campanillas y cascabeles acarician su sueño.

Los extraviados tuvieron la fortuna de hallar una fila de estos carros que venían á Roma: dormían los carreros; mas á fuerza de gritarles lograron despertarlos. Desde que parten hasta este incidente, el soneto da perfecta cuenta de todo: la duda de que la trocha sea segura, el temor del compañero, las lamentaciones de quien se ha fiado y por esta confianza debe caminar más de quince horas, el encuentro con los carros, todo se ve y se oye:

Quanno stamo un ber po' for de le mura

Dice—Passamo pe' la scortatora.

—¡Ah! Nino, dico, si nun è sicura,

Bada, che nun uscimo più de fora.—

Ma, dice, annamo, nen avè pavura:

Ce venni a caccia pe la Cannelora...

—E annamo.—Peppe mio che fregatura!

Stassimo pe la macchia quinnici ora.

Sotto a le capannelle de Marino,

Li, trovassimo un frego de carretti,

Che veniveno a Roma à portà er vino;

E a forza de strilaije, li, sveijaissimo.

Che dormiveno tutti, poveretti

E li a lo scuro je lo domannassimo (1).

Uno de aquellos pobres, despertados en lo mejor del sueño, contesta á la pregunta, ¡pero qué indicaciones! Nos parece estar escuchando á uno del campo en nuestra tierra. Y

(1) Cuando nos encontramos un poco fuera de las murallas—Dijo uno: —Pasamos por la trocha.—Oyes, Nino, le dije, ¿estás seguro?—¿Vamos derechos? Mira que no nos apartemos más. Respondió: Vamos, no tener miedo.—Vine yo á caza por la Candelaria... Y fuimos... Pepe mío, ¡qué atrocidad!—Estuvimos en la selva quince horas.—Junto á las cabañuelas de Marino.—Encontramos una fila de carretas—Que venían á Roma trayendo vino.—A fuerza de gritar los despertamos, —Pues dormían todos los pobrecillos—Y en la oscuridad se lo preguntamos.

al fin, después de dar las señas que harán caminar dos horas todavía, no llegan más que al punto en que deben preguntar á un posadero; desde allí Dios sabe cuánto andarán todavía.

Avete visto gnente n'ammazzato?
Dice:—Vortate giú pe'ste spallette,
Annate a dritta, traversate er prato,
Quanno sete rivati a le caseta.

Domannatello all'oste der curato,
Che ve l'insegna.—Quanto ce se mette?
Dice:—Si annate a passo scellerato,
Ce metterete sempre un par d'orette.

Ritornassimo adietro viciversa,
Fijo de Cristo! co' le cianche rotte.
Quanno stassimo sotto a la traversa.

Li, li caretti ce s'allontanorno
E noi daije a girá tutta la notte
Finchè a la fine ce se fece giorno (1).

Para colmo de desdichas, la naturaleza no quiso mostrarse propicia con aquellos caritativos hermanos; el día amaneció oseuro, tanto que, según la gráfica expresión de quien habla, parece pintado con carbón. Más de una vez nos ha sorprendido en estos campos tiempo parecido, y el efecto que produce el cielo plumizo sobre aquella extensión considerable de terreno desprovista de vegetación no puede ser más melancólico. Pascarella, que á más de artista y poeta es caminante infatigable que conoce los alrededores de Roma palmo á palmo, ha sabido pintar el cuadro con pocas palabras. Sobrio por naturaleza, cuatro versos le han bastado para dar cuenta detallada de la escena, y éste es su principal mérito. El primer cuarteto del soneto siguiente es una

(1) ¿Habéis visto por casualidad un muerto?—Nos dicen: Id hacia abajo por esta albarrada.—Volved á la derecha, atravesad el prado—y cuando lleguéis á las casetas,—Preguntadlo al tabernero de la parroquia,—Que os lo enseñará. ¿Cuánto tardaremos?... Nos dice: Si vais con paso acelerado, siempre tardaréis un par de horitas.—Volvimos rehaciendo lo que llevábamos andado.—¡Por el hijo de Dios! con las piernas rotas.—Y al hallarnos en la encrucijada,—Las carretas se alejaron de nosotros,—y nosotros dale á dar vueltas toda la noche,—hasta que al fin rompió el día.

fotografía, y en el segundo describe cómo los cansados hermanos procuran reponer sus mermadas fuerzas; pero las desgracias no vienen nunca solas y las nubes que quitaban á la vista la alegría que naturalmente produce el esplendente azul del cielo, comienzan á disolverse en agua con tal violencia, en tanta abundancia, que no permitían ver cielo ni tierra.

Forzados por la necesidad buscan abrigo para no calarse hasta los huesos, comen malamente las provisiones que llevaban, y tan pronto como aclara pónense de nuevo en marcha; pero aquel era un día verdaderamente aciago; como perdidos dentro de un laberinto, tras tanto correr, fatigados, rendidos, vuelven al punto por donde habían pasado, á las cabañas de Marino.

Che giornata, Madonna! Nera... nera
 Che pareva dipinta cor carbone,
 Che proprio nun te fo' saggerazione:
 Era mattina e ce pareva sera.

Se mettessimo sotto a' na macera,
 Morti de fame, pe' magnà un boccone.
 Venne n' acqua!... ce prese 'no sgrullone
 che nun vedemio più celo, ne terra.

Spiobbe. Se rimettessimo in cammino;
 Ma indovinece un po'? Rinnamo a sbatte
 Sotto a le capanelle de Marino...

Ma basta, er fatto stá, tanto cercassimo,
 Immezzo a li canneti, pe' le fratte,
 Pe li fossi... che arfine lo trovassimo (1).

El tenaz empeño de aquella gente, que había salido de la ciudad para realizar un fin y no podía volver sin cumplirlo, se ve al fin coronado por el éxito; después de mil vueltas hallan por fin el cadáver, y en este último soneto Pascarella prueba hasta dónde es maestro en el difícil arte de descri-

(1) Qué día, Virgen santal negro... negro — Que parecía pintado con carbón. — Vamos, no te digo una exageración: — Era mañana y parecía noche. — Nos pusimos junto á una tapia — Muertos de hambre para tomar un bocado — Llovió!... Cayó un aguacero — Que no veíamos ni cielo ni tierra. — Dejé de llover. Nos pusimos en marcha nuevamente. — Pero, adivina dónde llegamos? Fuimos á dar otra vez — Junto á las cabañuelas de Marino... — Pero basta, la cosa es que tanto buscamos — Por entre los cañizos... por los espinos... — Los fosos... que por último lo hallamos.

bir. Son frecuentes en los alrededores de Roma minas de puzolana, cuya explotación hace necesaria la apertura de fosos y grutas, que sirven luego de refugio á trabajadores y pobres sin hogar; cerca de una de éstas hallan los cofrades al muerto, extendido en posición supina, medio cubierto por el lodo, putrefacto ya y en el que grajos y cuervos comenzaban á hacer presa. Nada más horrible á la vista, nada más difícil de decir, y sin embargo, los términos empleados no aumentan la repugnancia que naturalmente debe tener el cuadro; resulta justo, sin exageración de ninguna clase. ¿Cómo murió aquel hombre? ¿Ha perdido la vida víctima de una desgracia? ¿Es que, cansado de la existencia, ha puesto voluntariamente fin á los amarguísimos días que sufría en este mundo? No; cuando los hermanos lo alzaron para colocarlo en las parihuelas, hallan bajo su cuerpo un instrumento, el cuchillo de más que regulares dimensiones, enmohecido ya por la sangre y el lodo, que como cuerpo del delito, el cofrade lo dice, está en poder de la policía.

Stava infrociato la, a panza per aria,
Vicino a un fosso, accanto a 'na grottaccia
Impatassato drent' a la mollaccia...

C' era na puzza che appestava l' aria.

Le cornachie e li farchi, da per aria,

Veniveno a beccaijese la faccia,

E der pezzo de sopra de le braccia

C' era rimasto l' osso! Che barbaria!

E nell' arzallo pe' portallo via,

Je trovassimo sotto 'n istrumento

Lungo cussi, che mo sta in Pulizia.

Poi don Ignazzio disse le preghiere...

E tornassimo, co' le torcie a vento

Pe le macchia, cantanno er Miserere (1).

(1) Estaba medio oculto allí boca arriba—Junto á un foso cerca de una caverna—Encenagado dentro del fango.—El hedor era tan grande que apestaba el ambiente.—Los cuervos y los grajos venían por el aire.—Llegaban á picotearle la cara—Y del cuerpo encima de los brazos—No le quedaba más que el hueso! Qué barbaridad!—Al levantarlo para llevárnoslo—Le encontramos debajo un cuchillo—Largo así, que ahora lo tiene la policía.—Después don Ignacio dijo las oraciones—Y volvimos con las antorchas—Cantando por la selva el Miserere.

Este último terceto completa el cuadro, constituyendo por sí solo uno digno de la mayor atención: aquel entierro que avanza por el campo en día lluvioso, precedido de un sacerdote que salmodia el oficio de difuntos, sin más acompañamiento que los cofrades caritativos que traen á enterrar el cuerpo de un desgraciado, es una escena que no olvida jamás quien la vió una vez, y para quien no la ha visto, la admirable composición del vate romano basta.

A. FERNÁNDEZ MERINO.





LA CELESTINA (*)

P

Palabras. Á las obras creo, que las palabras de balde las venden donde quiera.

Palacio. ¡Guay de quien en Palacio envejece!...

Pasión. Ninguna mundana pasión es perpetua ni durable.

Si pasión tienes, súfrela en tu casa y no te sienta la tierra.

Paz. Más vale una migaja de pan con paz, que toda la casa llena de viandas con rencillas.

Pecado. Del pecado, lo peor es la perseverancia.

Pedir. No pidas ni tomes aquello que tomado no sea en tu mano devolver.

(*) Véase la página 158 de este tomo.

Peligro. Nunca el peligro sin peligro se vence, que pocas veces lo molesto sin molestia se cura, y un clavo con otro clavo se expele y un dolor con otro dolor.

Pensar. Aquellas cosas que no son bien pensadas se deben pensar, porque aunque algunas veces hallan buen fin, comúnmente crían desvariados defectos.

Pérdida. Duele más la pérdida de lo que el hombre tiene, que da placer la esperanza de otra tal.

Placer. Nunca viene placer sin contraria zozobra en esta triste vida; á los alegres, serenos y claros soles, nublados oscuros y pluvias vemos suceder; á los solaces y placeres, dolores y muertes los ocupan; á las risas y deleites, llantos y lloros y pasiones mortales los siguen; finalmente, á mucho descanso y sosiego, mucho pesar y tristeza.

Pobres. Mejor sueño duerme el pobre, que no el que tiene que guardar con solicitud lo que con trabajo ganó y con dolor ha de dejar.

Poder. Jamás muestres tu poder con los que poco pueden.

Posesión. Todas aquellas cosas cuya posesión no es agradable, más vale poseellas que esperallas, porque más cerca está el fin dellas, cuanto más andado es el comienzo.

Previsión. Más vale prevenir que ser prevenido.

Procurador. El buen procurador ponga de su casa algún trabajo, algunas fingidas razones, algunos so-

físticos actos, ir y venir á juicio, aunque reciba malas razones del juez; siquiera por los presentes que lo vieren, no digan que se gana holgando el salario, y así verná á cada uno con su pleito.

Prolijilidad. La prolijilidad es enojosa al que oye y dañosa al que habla.

Provecho. No hay cosa tan provechosa que llegando aproveche.

Aunque lo que sepamos sea en nuestro provecho, no lo publiquemos para nuestro daño.

R

Reloj. ¿Qué aprovecha dé doce horas el reloj de hierro, si no las ha dado el cielo?

Reposo. Á vivir por ti llamo reposo, á no andar por casas ajenas, lo cual siempre andarás mientras no supieres aprovechar tu servicio.

Reprensión. Fácil cosa es reprender vida ajena, y duro guardar cada cual la suya.

Riqueza. Aquel es rico que está bien con Dios.

Los ricos tienen mejor parejo para ganar la gloria que los que poco tienen.

Nunca el rico oye verdad; todos le hablan lisonjas á sabor de su paladar; todos le han envidia; apenas hallarás rico que no confiese le sería mejor estar en mediano estado ó en honesta pobreza.

Las riquezas no hacen rico, mas ocupado; no hacen señor, mas mayordomo; más son los poseídos de las riquezas, que no los que las poseen; á muchos trajeron la muerte, á todos quitaron el placer y las buenas costumbres; ninguna cosa es más contraria.

Cada rico tiene una docena de hijos y de nietos que no rezan otra oración, no otra petición, sino rogar á Dios que le saque de medio dellos: no ven la hora que tener á él so la tierra y lo suyo entre sus manos, y darle á poca costa su morada para siempre.

¿Que aprovecha tener o que se niega aprovechar? Sin duda te digo que es mejor el uso de las riquezas que la posesión dellas... ¡Oh qué glorioso es dar!... ¡Oh qué miserable recibir! Cuanto es mejor el acto que la posesión, tanto es más noble el dante que el recibiente.

Ruego. Por demás es ruego á quien no puede haber misericordia.

S

Sabio. De propósito muda el sabio, el necio persevera.

Salud. Gran parte de salud es desearla.

Secreto. A quien das tu secreto, das tu libertad.

Señores. El mundo parlero, no perdona las tachas de sus señores.

Servicios. Más vale perder lo servido que la vida por cobrarlo.

Sueño. Más engorda un buen sueño sin temor que cuanto tesoro hay en Venecia.

T

Tiempo. No hay cosa tan difícil de sufrir en sus principios que el tiempo no la ablande y haga comfortable. Ninguna llaga tanto se sintió que por luengo tiempo no aflojase su tormento, ni placer tan alegre fué que no amengüe su antigüedad. El mal y el bien, la prosperidad y adversidad, la gloria y pena, todo pierde con el tiempo la fuerza de su acelerado principio.

Trabajo. Todo aquello alegra que con poco trabajo se gana.

Mucho puede el contino trabajo, que una continua gotera horada una piedra.

Tristeza. La tristeza acarrea pensamientos, y el mucho pensar impide el sueño.

La tristeza es amiga de la soledad.

En largos días, largas tristezas se sufren.

V

Valía. En tanto es una cosa tenida, cuanto caras son compradas; tanto valen cuanto cuestan, que nunca mucho costó poco.

Valor. Lo que no hace espada, capa y corazón, no lo hacen corazas y capacete y cobardía.

Varón. Donde no hay varón, todo bien fallece.

Vejez. La vejez no es sino mesón de enfermedades, posada de tristes pensamientos, amiga de rencillas, congoja continua, llaga incurable, mancilla de lo pasado, pena de lo presente, cuidado triste de lo porvenir, vecina de la muerte, choza sin ramo que se llueve por cada parte, cayado de mimbre que con poca carga se doblega.

No hay cosa más dulce al cansado que el mesón; así que aunque la mocedad sea alegre, el verdadero viejo no lo desea; porque el que de razón y seso carece, casi otra cosa no ama sino lo que perdió.

—¿Por qué dices, madre, tanto mal de lo que todo el mundo con tanta eficacia goza y ver desea?

—Desean harto mal para sí, desean harto trabajo; desean llegar allá, porque llegando viven y el vivir es dulce, y viviendo envejecen. Así que el niño desea ser mozo, y el mozo viejo, y el viejo más, aunque con dolor, todo por vivir, porque como dicen: *viva la gallina y viva con su pepita*. ¿Pero quién te podría contar sus daños, sus inconvenientes, sus fatigas, sus cuidados, sus enfermedades, su frío, su calor, su descontentamiento, su rencilla, su pesadumbre? ¿Aquel arrugar de cara, aquel mudar de cabellos y de su primera y fresca color, aquel poco oír, aquel debilitado ver puestos los ojos en la som-

bra, aquel hundimiento de boca, aquel caer de dientes, aquel carecer de fuerza, aquel flaco andar y aquel espacioso comer?...

Vencido. No es vencido sino el que se cree serlo.

Venganza. El deleite de la venganza dura un momento, el de la misericordia siempre.

Verdad. Tanta es la fuerza de la verdad, que la lengua de sus enemigos trae á su mandar.

Vida. La vida y la persona es más digna y de más valer que otra cosa alguna.

¡Oh mísera suavidad desta brevísima vida!...
 ¿Quién es de ti tan codicioso que no quiera más morir luego, que gozar un año de vida denostado y prorrogarlo con deshonor corrompiendo la buena fe de sus antepasados?

Perder buena vida es más trabajo que la propia muerte.

Quien pide que se concluya en un día lo que en un año sería hartó, no es mucha su vida.

No hay cosa tan ligera para huir como la vida.

Vino. El vino quita la tristeza del corazón, más que el oro ni el coral, da esfuerzo al mozo y al viejo fuerza, pone color al descolorido, coraje al cobarde, al flojo diligencia, conforta los celebros, saca el frío del estómago, quita el hedor del aliento, hace impotentes los fríos, hace sufrir los afanes de las labranzas á los cansados segadores, hace sudar toda agua mala, sana el romadizo y las muelas, sostién-

nese sin hedor en la mar, lo cual no hace el agua. No tiene sino una tacha, que lo bueno vale caro, y lo malo hace daño; así que con lo que sana el hígado enferma la bolsa.

Virtud. La verdadera virtud es más temida que espada.

Ninguna virtud hay tan perfecta que no tenga vituperadores y maldicientes.

Vulgo. Ninguna cosa es más lejos de la verdad que la vulgar opinión; nunca alegre vivirás si por voluntad de muchos te riges, porque éstas son conclusiones verdaderas, que cualquier cosa que el vulgo piensa es vanidad, lo que habla falsedad, lo que reprueba es verdad, lo que aprueba maldad.

Y

Yerro. Nunca un yerro vino desacompañado, y un inconveniente es causa y puerta de muchos.

Lo que al comienzo se yerra, no puede tener buen fin.

Los que algo son y saben y valen, son los que más presto yerran.

Tanto mayor es el yerro, cuanto mayor es el que yerra.

Tanto yerro me parece, sabiendo, preguntar, como ignorando responder.

PROVERBIOS, ADAGIOS Y REFRANES

Dicho breve y agudo, pero siempre moral, es el *proverbio*, que puede tener aplicación á las costumbres de un pueblo, aunque no ilustre el entendimiento; es *adagio* dicho también que encierra una idea profunda, filosófica, expresada de una manera vulgar y maliciosa, con gracejo, con chiste, y así como el epígrama,

el adagio debe ser
«pequeño, dulce y picante;»

pero condiciones tales, no le eximen de tener la sabiduría de la experiencia; la llaneza de la expresión lo distingue de la sentencia y del *proverbio*, y es el *refrán*, dicho también ingenioso, picaresco, que encierra una alegoría, «es decir, una comparación que forme imagen, de tal manera que quien lo oye tenga que pensar para entender lo que quiere decir.»

—Paréceme, Sancho—dice Don Quijote,—que no hay refrán que no sea verdadero; porque *todos son sentencias sacadas de la misma experiencia, madre de las ciencias todas*, especialmente aquel que dice: *donde una puerta se cierra otra se abre* (36).

—No has de mezclar en tus pláticas la muchedumbre de *refranes* que sueles, que si bien *los refranes son sentencias breves*, muchas veces los traes tan por los cabellos, que más parecen disparates que sentencias.

—Eso Dios lo puede remediar—respondió Sancho,—porque sé más refranes que un libro, y viénense tantos juntos á la boca cuando hablo, que riñen por salir unos con otros; pero la lengua va arrojando los primeros que encuentra, aunque no vengan á pelo. Mas yo tendré cuenta de aquí adelante de decir los que convenga á la gravedad de mi cargo; *que en casa llena presto se guisa la cena y quien destaja no baraja*, y á

buen salvo está el que repica y el dar y el tener, seso ha menester.

—Eso sí, Sancho—dijo Don Quijote,—encaja, ensarta, enhila *refranes*, que nadie te va a la mano. *Castígame mi madre y yo trompógelas...* Mira, Sancho, no te digo yo que parece mal un refrán traído á propósito; pero *ensartar refranes á troche y moche hace la plática desmayada y baja.* (37)

PROVERBIOS, ADAGIOS Y REFRANES

A

A buen entendedor pocas palabras.—Manifiesta que el sujeto capaz y de buen entendimiento comprende fácilmente lo que se le quiere decir.

A dineros pagados brazos quebrados.—Da á entender lo inoportuno que es agradecer antes de tiempo los favores que se nos ofrecen, así como que para ser bien servidos no ha de pagarse por adelantado, pues posesionados del premio, falta el estímulo que obliga á corresponder con la debida actividad.

¿A dó irá el buey que no are?—Enseña que en todos los oficios y estados hay trabajos que sufrir.

Al hombre vergonzoso el diablo le trajo á palacio.—Advierte que se necesita mucho despejo y abertura de genio para tratar y conversar en los palacios ó que no sabe alguno aprovecharse de su asistencia á ellos para lo que pudiera conseguir.

A muertos y á idos no hay amigos.—Reprende á los que presto

olvidan sus amistades cuando las interrumpen la ausencia ó la muerte.

Antes se toma al mentiroso que al que cosquea.—Enseña la facilidad con que suelen descubrirse las mentiras.

A perro viejo no hay cuz cuz.—Manifiesta que al hombre experimentado y juicioso es muy difícil engañar.

Aquel va más sano que anda por el llano.—Aconseja obrar del modo más seguro y huir de lo que sea más peligroso.

A río revuelto ganancia de pescadores.—Nota al que se vale industriosamente de las observaciones para buscar y sacar utilidad.

A salvo está el que repica.—Demuestra la facilidad del que reprende á otro el modo de portarse en las acciones peligrosas, estando él en seguro ó fuera de alcance.

A tuerto ó á derecho, nuestra casa hasta el techo.—Denota que el ambicioso usa todos los medios que se le ofrecen, sean buenos ó malos, para satisfacer su ambición.

Aunque mude de pelo la raposa, su natural no despoja.—Enseña que el que posee malas costumbres ó hábitos, no los abandonará jamás aunque mude de posición ó de fortuna.

JAVIER SORAVILLA.

(Continuará.)



LA REGENCIA ⁽¹⁾

ORDEN ECONÓMICO DE ESPAÑA

Este pueblo, de cualidades inmejorables; este pueblo, que acaba de ser dotado de todas las libertades políticas precisamente en un período histórico en el que las clases populares se agitan, porque cunde el mal ejemplo y la publicidad puede poner al alcance de todos conocer la disposición de los ánimos; en un período histórico en que se debaten, como no se ha hecho nunca, los derechos y los deberes, si bien se atienden con marcada preferencia los primeros; socialistas y anarquistas, los unos como los otros, atraídos más que por el sentido práctico de la revolución popular sobre que operan activos los agitadores de Inglaterra y de Suiza, más que tomando ejemplo de estos agitadores, dando la preferencia á los de Francia principalmente, sin desoir la palabra de alemanes y de belgas; ahora que la cuestión económica va infiltrándose en las costumbres, quieren de una parte ciertos Gobiernos atar de pies y manos el ciudadano al Estado, como quieren las muchedumbres imponer el mismo yugo valiéndose también del Estado. Y éste dice en acto solemne para la nación espa-

(1) Véase la pág. 128 de este tomo.

ñola, mejor dicho, recuerda que Dios manda al Rey, como al vasallo, aunar sus esfuerzos para conseguir por el trabajo y las virtudes el bien común. Mas los partidos políticos, que es para ellos resorte poderoso de engrandecimiento el presupuesto del Estado, se juegan éste, y por consiguiente el porvenir del pueblo español de que viene hablándose, por medio de una ley, de un Real decreto, de una Real orden, de un reglamento ó de un volante reservado.

Los partidos políticos, con ocasión de aproximarse la apertura de las Cortes, los jefes de los partidos monárquicos y los políticos designados para presidir las Cámaras se han dirigido á sus correligionarios y amigos. Y entre lo que se ha dicho destacan afirmaciones y ofrecimientos que merecen llamar la atención por lo que interesa al estado presente y al porvenir de la Hacienda nacional.

Campaña económica ha llamado el Sr. Villaverde á los trabajos que deberán hacerse en cuanto dependa de sus amigos. «Esa política de nivelación, dijo, que partiendo de un examen fundamental de las necesidades de la Administración y de la Hacienda pública, y de un estudio científico y de sus remedios, abandonado el sistema de expedientes y de paliativos, seguido más ó menos hasta el día, se dirigirá á conseguir que el presupuesto halle dentro de sí mismo la fuerza y el sostén necesarios para su equilibrio, á contener igualmente los gastos del Estado y á *encerrarles en el impuesto*, todo lo cual no puede realizarse, como la mera enunciación de su objeto y el ejemplo de otras naciones demuestra, solamente con economías.»

Resultando así condenado el sistema de empréstitos, deuda flotante, papel fiduciario, en cuanto se permite el abuso para salir de los apuros del presente, dejando al porvenir que resuelva el problema, siendo entonces más compleja la solución y más doloroso el remedio.

Creemos poder repetir que, como en el discurso de la Corona algunos párrafos son una acusación fiscal dirigida contra las administraciones anteriores por la actual, el discurso del Sr. Villaverde es otra acusación fiscal, de tanta mayor importancia, por lo mismo que el político que dirige la palabra á

sus amigos estaba afiliado al partido que ha ocupado el poder últimamente, partido que no hizo nada de lo que resulta aconsejado por las líneas anteriores. Tan no hizo nada en determinado sentido, que se reconoce así con estas palabras del Sr. Villaverde: «Acerca de la transformación y meditado impulso de ese grupo de nuestros recursos ordinarios en el sentido de formar grandes rentas indirectas, administradas por el Estado, sin encabezamientos, arrendamientos ni conciertos, algunos de nosotros hemos expuesto ideas que acaso los planes, hasta ahora desconocidos del Gobierno, nos ofrezcan ocasión de desarrollar.»

La administración por el Estado es lo que se reclama, por medio de grandes rentas indirectas, ó es lo que está en el pensamiento de una determinada fracción del partido conservador, partido que ha ocupado durante tantos años el poder. Parece que se conoce al fin la necesidad y la justicia de suprimir intermediarios entre la Administración como recaudadora y el contribuyente. Hora es ya de que la Administración vuelva por su nombre, y demuestre que sabe administrar los intereses generales que están puestos á su cuidado.

Hora es ya, acaba de decir el partido conservador desde la oposición, de tomar nuevos rumbos. «La Hacienda pública no puede seguir siendo, sin grave daño del país, campo de experiencias de escuela ni palenque de luchas de partido; es, por el contrario, patrimonio común que á todos interesa cultivar y engrandecer, colocándolo fuera del alcance de la contienda política y á salvo de sus fragores y de sus estragos.»

Que es tanto como condenar un pasado en el que se han malgastado muchos millones, como registran las historias de la desamortización, de la Caja de Depósitos, de las emisiones de deuda exterior y la vida del Banco de España.

Por más que pueda admitirse que estamos aún á tiempo de poner remedio al mal presente, pues que, como se reconoce por una parte del partido conservador, sea cierto que «la situación de nuestra Hacienda no nace de empobrecimiento ni de decadencia de las fuentes de nuestra producción, proviene más bien, y esto nos compromete más en su remedio, de inercia, de indecisión, de flaqueza en los poderes pú-

blicos para poner mano resuelta en una obra difícil para el esfuerzo aislado de un hombre ó de un partido, hacedera y gloriosa si se acomete por el esfuerzo de todos.»

Es decir, persona peritísima en la política española dice que urge desvincular de la política la Hacienda española, poniendo ésta á salvo de los políticos, á la manera que se levantan muros de defensa contra el embate de las olas embravecidas para que en ningún caso pueda el ímpetu del mar destruir lo que haya hecho el trabajo del hombre en campiñas, edificios y grandes monumentos de construcción humana.

Todos reconocen la preferencia que merece la cuestión económica. La reconoce el Presidente del Senado al pronunciar estas palabras: «Creo que por el camino que lleva el partido liberal ha de mejorar el estado de nuestro Tesoro y del país, y entonces nos podremos dar por satisfechos diciendo que el partido liberal ha merecido bien de la patria.» Allá veremos. Por de pronto vemos un decreto de 25 de Marzo con un lujo de rigores en el establecimiento de las zonas fiscales que más parece planteado en el país donde se manda por un *ukase* que en la patria donde se asegura que se goza de todas aquellas libertades que son de derecho natural. Vemos un decreto de 4 de Abril interviniendo tanto esas mismas libertades, que se llega hasta herir el crédito público, probándose el desconocimiento de lo que tienen de esencial las Bolsas de contratación.

Vemos la obra de la crueldad obligando al ciudadano español á comer el pan en Madrid á 50 céntimos el kilo, mientras que el ciudadano de París puede comerlo á 40 céntimos, el de Bruselas á 35 y el de Londres á 30. Vemos, en fin, cómo la inmoralidad electoral se impone y á sus exigencias son sacrificados hoy un alcalde, mañana otro, quebrantándose así los cimientos de toda una situación política que ha venido al poder para un fin que no cumple, aunque espere lo contrario para lo sucesivo un Presidente del Senado.

Que la situación es crítica lo justifican estas palabras del Presidente del Congreso: «Es necesario que estéis á mi lado lo mismo que un solo hombre, para que podamos sostener

nuestras ideas con toda la firmeza de nuestras convicciones, y para que sobre todo hagamos ver que con la monarquía son posibles en España todas las libertades y todas las ideas democráticas.» Efectivamente, está demostrado esto desde el momento que la Corona tiene sancionadas todas las leyes democráticas; pero es el caso que aquellas convicciones carecen de firmeza, y por no tenerla deja de haber sinceridad en la práctica, y en el terreno de ésta resultan una serie de abusos que ponen en peligro todo el orden de cosas creado en la esfera política.

Así que, la actitud unánime reclamada por el Presidente del Congreso para conseguir que se realice el pensamiento económico que venga á secundar el gran pensamiento político, que fué la bandera del partido en las anteriores legislaturas, y como consecuencia, que se haga entender á los ciudadanos que, si hoy es preciso hacer sacrificios, se debe á que son también necesarios, y de ese modo se realizará que nuestra patria sea grande en el día de mañana, todo esto de los sacrificios, como vienen haciéndose estérilmente, resulta un consejo dado sin prestigio, por carecer de autoridad para darlo; porque para ser creídos siempre, y sobre todo los políticos, es necesario predicar con el ejemplo, y éste no puede ser más contrario á la predicación de lo que viene siendo el ejemplo de los políticos.

Ahí van las pruebas.

El Presidente del Consejo de Ministros ha dicho el día 3 de Abril de 1893 á sus amigos y correligionarios que es absolutamente necesario no dejar pasar aquellas actas que sean debidas á amañes ó á medios que el Código penal reprueba, y que reprueba también el código moral de todo pueblo libre. ¡Pueblo libre! Acabamos de poder asegurar que no es pueblo libre (en realidad de verdad se entiende) un pueblo que se le condena á no tener derecho al pleno goce de la recompensa que merece el fruto de su trabajo; porque cuando un pueblo que está condenado por Dios á comer el pan con el sudor de su frente y obedece el mandato divino, al mismo tiempo que por leyes humanas se quiere despojarle de las recompensas que Dios tiene concedidas al pueblo laborioso,

ese pueblo que vive en tales condiciones no puede llamarse libre: ese es pueblo de esclavos que encadenan los políticos, á quienes ni el Código penal ni el código moral alcanza con su acción; que pueblo de esclavos será siempre aquel que por medio de leyes económicas, de reglamentos administrativos, de criterios arbitrarios, de miras egoístas y de ignorancias de los poderes públicos, se vea sujeto al capricho de un gobernante, ó á los vaivenes y mudanzas de situaciones políticas.

Que no basta poder decir con el Presidente del Consejo de Ministros: «Gracias á la Monarquía, á cuya sombra protectora han podido desarrollarse pacíficamente las libertades públicas, y gracias á la egregia Señora que ocupa en nombre de su hijo D. Alfonso XIII el trono español, sabiendo cumplir con la mayor lealtad y nobleza los altísimos deberes de Reina constitucional, *debemos* volver ya la vista al desarrollo y al fomento de los intereses materiales del país, fijando principalmente nuestra atención en el desenvolvimiento, en el desarrollo y regeneración de nuestra Hacienda, en la resolución del problema económico de esta pobre Nación.»

Mal camino es el que ha tomado el partido liberal; este partido, que en su primera etapa de la Regencia cayó en el error político de los más trascendentales, como lo atestigua la historia de las revoluciones; en el error, decimos, de anteponer las reformas políticas á las económicas. En el año 1893 se le ve dar la preferencia á las reformas económicas reaccionarias sobre las liberales, con lo cual se anulan los buenos efectos que pudieran producir las libertades políticas y se priva de la libertad económica, que es tanto como condenar á muchas privaciones, á pasar hambre y dejar sin eficacia los principios liberales, los verdaderos principios liberales, aquellos que dan la paz al pueblo, justicia á la sociedad, medios de acrecentamiento del capital, resultado del trabajo honrado; aquellos principios liberales que se informan en la religión, se practican moralmente, se desarrollan con prudencia y se hacen sentir sus benéficos efectos por todas las capas sociales.

Á esto se aspira al decir del Sr. Sagasta; y cuando por efecto de la ponderación en los gastos, y á fuerza de justicia y de equidad en la distribución de los ingresos, lleguemos á

la nivelación de los unos y de los otros, hasta el punto de que los gastos sean atendidos exclusivamente con los ingresos ordinarios; cuando nuestros valores adquieran aquella cotización que es consecuencia de la confianza, cuando nuestro crédito *se restablezca*, y cuando todo esto se consiga, entonces es seguro que hemos de encontrar margen para hacer frente á aquellos sacrificios que exija una valiente operación de crédito.

Noble declaración es ésta; sin embargo, no sale de labios autorizados. El Sr. Sagasta dirigió la política que antepuso las reformas de ésta á la económica; él dirige la política que toma por el camino de la reacción económica, con todas sus fealdades, tristezas, egoísmos, decadencias y complicaciones.

La política económica del Sr. Sagasta, sus planes de Hacienda deben ser, si quieren representar una política propia, deben ser en un todo lo contrario de lo que representa la política del Sr. Cánovas.

Éste ha dicho á sus correligionarios: «Es de suponer que se ocupará también el discurso real de la organización que se proponga dar el Gobierno á los servicios con motivo de las economías, y yo creo que son éstas cuestiones gravísimas que pueden traer complicaciones.» Añade luego: «La única limitación que en este punto pondré, será la de que las economías no sean de naturaleza que puedan producir desórdenes justificados al servir de pretexto para desorganizar la Administración »

Mas como ésta está desorganizada, que desorganización significa hacer gastos superfluos, crear intereses injustificados, otorgar derechos injustos, entorpecer el tráfico, establecer contribuciones onerosas, declararse impotente el Gobierno para administrar bien, dar preferencias á los amigos que redundan en daño de los adversarios ó de lo que se llama la masa social neutra, aumentar los antagonismos de clase con recargar los artículos de primera necesidad con tributos, poner de manifiesto el contraste del pobre que vive con hambre con el opulento contratista que se enriquece con los desaciertos, holgazanerías é inmoralidades del Estado; así las cosas, el partido fusionista cuidadoso de reformar en

política desdeñando el arreglo económico y el partido conservador queriendo hacer el último arreglo, á la vez presentan unos presupuestos falsos (en el sentido del error) á las Cortes, que éstas los varían por completo, aunque autorizando al fisco para intentar hacer materia de renta lo que no lo era antes, motivo de monopolio lo que estaba libre; creándose nuevos focos de inmoralidad, como si no hubiese bastantes con los contratos perjudiciales de la Marina, las situaciones condenables en Guerra; y la palabra *economías*, que venía pronunciándose por la opinión pública, no es oída por los dos jefes de los dos partidos monárquicos; antes, al contrario, al uno le detienen los caciques que apadrinan Audiencias de lo criminal inmotivadas, y al otro le complace que continúen Capitanías generales anticuadas y sin ningún valor estratégico.

No han pasado aún aquellos tiempos en los que el señor feudal ó el corregidor podían decir y hacer, exentos de responsabilidades, lo que cuadraba á su voluntad, como dice el Doctor Thebussem, en la realidad; no han pasado aún esos tiempos.

Las palabras que acabamos de citar del Sr. Cánovas están pronunciadas antes de leerse el discurso de la Corona; las siguientes palabras han sido pronunciadas después, el día 10 de Abril, en el Círculo conservador por el Sr. Cánovas, como jefe, á sus correligionarios:

«Pero al fin, dice, será menester que discutamos, y que
 »técnicamente, no apasionadamente, presentemos al país nues-
 »tras ideas frente á frente de las ideas económicas del Go-
 »bierno actual. Supongo yo que el Sr. Ministro de Hacienda
 »y el Gobierno entero tendrán muy presente, porque yo mismo
 »lo tenía en mi caso, lo que los extranjeros, y principalmente
 »los publicistas franceses, nos han pedido sobre esta materia.
 »Han pedido en primer lugar, para volver su confianza á la
 »nación española, para confiar en su Tesoro, que los españo-
 »les se resignaran á tener en cuenta sus desgracias más ó me-
 »nos merecidas, pero en todo caso inevitables á la hora que
 »es, y que teniendo esto presente se decidieran virilmente,
 »como en su caso se decidieron Francia y los Estados Uni-

»dos, á todos aquellos sacrificios tributarios que las circunstancias exigieron.»

Rodea á toda eminencia de la política una barrera infranqueable de amigos, correligionarios, admiradores, y pudiera ser que fuese en algunos casos de aduladores. Vive en la opulencia y, por lo tanto, á gran distancia, lo bastante para no poder ver ni oír la situación precaria del contribuyente, indefenso ante los amaños de la política; del obrero, que ha de sufrir hambre para que pueda tener *protección* el acaparador de las primeras materias y de los artículos de primera necesidad; del desvalido, que no puede vestir ni alimentar á su familia. La vida del rico que está dedicado á la política española se hace en general sibarita, sufre mucho la influencia de la soberbia, se remonta por los espacios imaginarios dando vuelo á la imaginación. El prosaico trabajo de las estadísticas y de los balances, el escalpelo moral, si vale la frase, con todas sus consecuencias, las penalidades de la paciencia para convencer reposadamente, nada de esto predomina; y el consejo de los franceses proponiendo medios para rehabilitar el crédito del Tesoro se desoye, mereciendo las preferencias un quijotismo funesto, ó sea la pretensión infundada en este ó el otro sentido.

Parece como que haya complacencia en querer llevar al ánimo la convicción del imposible; que no otra cosa resulta del hecho inaudito de presentarse unos presupuestos á las Cortes que los mismos correligionarios se cuidaron de demostrar la falsedad de sus cimientos. Cuando el Sr. Cánovas afirma la importancia que tiene el ejemplo de Francia y de los Estados Unidos de imponerse sacrificios para conseguir con la nivelación de los presupuestos del Estado el restablecimiento del crédito público, desentendiéndose de la responsabilidad que tiene quien ha regido muchos años los destinos públicos de España, se desentiende de lo principal. Por lo demás, ventaja es que el derecho constitucional haya adelantado en nuestro país hasta el punto de que, detestables y todo como son algunas de las leyes votadas por las Cortes del año 1892, ventaja es que otra situación política, en el año 1893, no haya derogado esas leyes por respecto al poder legislativo. Mas esto

tiene también sus inconvenientes. Tiene el inconveniente de que, haciéndose solidario un partido monárquico de calamidades que ha traído al país otro partido monárquico, ambos se atraen la animadversión pública, y al atraérsela, como recibieron el poder de la Regencia, la ignorancia, cuando no sea la malicia, puede extender la animadversión á regiones donde ni hay responsabilidad, ni asentimiento, ni participación alguna, porque el poder moderador tiene que valerse de los únicos órganos que faculta la Constitución.

Ciertamente que ésta no prescribe la neutralidad para la Hacienda pública, pero es que la realidad se impone. Y habrá que acabar por entender, como dijo el Sr. Camacho en el año 1883, «que la Hacienda pública y los asuntos económicos que con ella se ligan tienen un carácter esencial de neutralidad, en virtud del cual la bases capitales, los organismos y las resoluciones que á una y otros se refieren, son cosa separadas de los intereses y aun de la representación política doctrinal de los partidos; por más que cada uno de éstos, al concurrir con igual patriotismo á la obra común, lleve á sus soluciones el carácter circunstancial ó la influencia de su concepto propio en la política general; porque solamente de este modo las bases fundamentales de la Hacienda están exentas del peligro de inestabilidad y pueden ser sólidos y continuados sus progresos.»

ANSELMO FUENTES.

(Continuará.)





ANTAÑO Y OGAÑO

PÁGINAS SUELTAS

Que siempre hubo protectores y protegidos es una verdad de Pero Grullo, de aquel buen hombre que las tenía en cuenta corriente en el Banco de su cerebro ó de su desvergüenza y que las sacaba á plaza en un dos por tres y sin necesidad de talón, para enjaretárselas al lucero del alba ó al *sursum corda* sin andarse por las ramas.

Que siempre hubo pobres y ricos; que eso de la igualdad, tan decantada en estos tiempos, es, ha sido y será un mito es otra verdad, tan verdad como la anterior, hija legítima de aquel celebérrimo hombre, que debió estar emparentado con el no menos célebre Padre Cobos, que, según cuentan, las decía como puños, sin que se le pusiera por delante ni la severidad de sus hábitos ni el respeto á ningún bicho viviente por empingorotado que fuese.

Que las teorías de la igualdad universal tienen por partidarios acérrimos á los estómagos fríos y por enemigos á los calientes es otro aforismo que no tiene vuelta de hoja, sin que haya, ni haya habido, ni es posible que haya quien lo desmienta ni le quite el valor propio y genuino que le dan los

ejemplos palpitantes de la constante lucha que entre unos y otros está entablada y que subsistirá por los siglos de los siglos si Dios no lo remedia, que es el único que, si le viene en mientes, puede hacerlo, y lo hará, aun cuando hasta ahora nada ha hecho ni dicho que se sepa para cortar de raíz tan grave mal, porque lo que ha dicho y hecho por medio de sus representantes en este pícaro mundo, los que somos sus inquietos no hemos querido advertirlo, y haciendo oídos de mercader—recurso muy usado en todos los tiempos,—hemos seguido, ó han seguido en sus trece, rompiéndose la cabeza los unos sobre si la igualdad, tan predicada, tan traída y tan llevada, es una ilusión peregrina, hija de cerebros desequilibrados, ó si es el *summum* del adelanto del progreso y de la civilización y del perfeccionamiento de la sociedad y del mundo.

Que cada uno es hijo de sus obras es un axioma que no está aceptado universalmente, y que, como el anterior, tiene sus amigos y sus adversarios, y, si hemos de ser francos, son en mayor número éstos que aquéllos, porque, hoy por hoy, las obras no tienen la paternidad que en otros tiempos. Se ha dado en decir que cada uno es hijo de las obras ajenas, y, aunque si esto se toma en un sentido estricto y material, resulta una verdad de á folio, tomándolo en el que le atribuye la mayor parte de la especie humana, si no toda, resulta aquello con más visos de verdad que esto, y no hay que darle vueltas, por aquello de que es instintivo en el ser humano, ya venga de pies ó de cabeza á este berengenal achatado por los polos y ensanchado por el ecuador, como dicen los geógrafos, arrimarse al sol que más calienta, ó buscar el árbol que más sombra pueda dar, de lo que resulta que siempre ó casi siempre el hombre pone la intención, y su hermano, es decir, otro hombre, por aquello de que todos somos hijos de Adán, pone los medios, esto es, uno pone el hilo y la aguja, ya sea suyo ó prestado, que todo pudiera ser, y otro el paño y la costura, y cádate á Periquito hecho fraile, ó emperador, ministro ó lo que sea, sin que se tenga en cuenta si el tal Perico ó D. Pedro sirve para el caso ó no sirve, con tal que sirva ó haya servido su padrino, y de esto nace otra

gran verdad, que no hay *hombre sin hombre*, y aquella copla tan sabida:

Fortuna te dé Dios, hijo,
que saber poco te basta,
aunque bueno es el saber
por sí la fortuna falta.

La que recela venir siempre y cuando se sacrifique aquello de que el que á buen árbol se arrima buena sombra le cobija, máxima, proverbio, refrán ó lo que sea, pero que si no ha sido debió ser el germen de la teoría del padrinazgo, que tantos—no diremos buenos—frutos ha dado y seguirá dando, en los tiempos de ogaño como los de antaño; y basta por hoy de sacar de textos antecedentes y documentos irrefragables é irrefutables, y con todos los adjetivos habidos y por haber, para probar que desde que Adán y Eva se pasearon por el Paraíso, Noé surcó los mares, Josué paró el sol y Moisés conversó con el Supremo Hacedor, siempre hubo altos y bajos, pobres y ricos, y protectores y protegidos.

Lo que hay que saber es en qué se diferenciaban los de ayer y los de hoy, y qué fruto ó fruta dieron los unos y dan hoy los otros, y éste es cuadro que vamos á pintar, no sabemos si á la aguada ó al pastel, género que en estos tiempos está muy de moda, y que alguna conexión tiene con el ramo de *pastelería*, tan importante hoy y al alcance de todas las fortunas, sexos y edades.

Si no quieres, lector de mis pecados, remontarte á los tiempos de Maricastaña, quedémonos, como tenemos por costumbre en esta serie de artículos, en los albores del siglo presente y en las postrimerías del pasado, que abundante cosecha nos han de dar para tratar de la materia, que tampoco fué escasa en los tiempos de allende, en los que una garnacha ú obispado, una prebenda, una banda de capitán y un bastón de senescal, eran patrimonio de los seres privilegiados por la fortuna, hijos legítimos de la protección de los Lunas, Calderones, Oropesas, Nithardos, Valenzuelas, Olivares, Lermas, Villamedianas, Farinelis, *et sic de cæteris*, que nacieron bajo su sombra al soplo vivificante de los que dieron calor y vida, y

cerrando los ojos y diciendo el mundo es mío, se cargaron con el santo y la limosna, dejando á sus padrinos asperges como á ellos las dejaron, los que á su amparo nacieron, sancionando la ley eterna de la ingratitude y el olvido, grabada cual inmortal código de las miserias y flaquezas humanas.

Que la suerte no la encuentra el que la busca y que nadie es profeta en su patria son dos dichos vulgares, que para que adquieran el carácter de verdades, tienen ó deben ir unidos, porque el uno sin el otro no pueden existir.

Para los que somos naturales de esta muy heróica villa del oso y del madroño, la suerte podrá venir sin buscarla, pero es una *rara avis* el que logra poner el cascabel al gato, precisamente por lo que hemos dicho de que nadie es profeta en su patria; para el que viene de otras tierras la suerte sale al encuentro, y si no vienen á buscarla, se dan con ella de narices y *velis nolis* tienen que cargar con ella aunque les pese, por más que esa señora no pesa nunca.

Los que vienen exprofeso á buscarla, que son los más, la encuentran casi siempre, ó sin casi, pues no parece sino que se ha hecho sólo para ellos, modelada á su capricho por el destino, que es un escultor excéntrico y estrambótico y tan falto de juicio como dicen son los artistas, sin que nosotros salgamos garantes de esta opinión.

Sin duda en estos dos dichos se funda la historia tan antigua como el mundo, compendiada en este proverbio *de fuera vendrá quien de casa nos echará*, y que debe referirse á la emigración ó peregrinación constante que todos los provincianos, y especialmente los gallegos, asturianos y montañeses, han emprendido desde tiempo inmemorial á la corte, verdadera Meca ó verdadera tierra de promisión, donde esperaban encontrar el vellocino de oro de los tiempos míticos.

Era de ver, dicen los que hanla visto, la procesión de imberbes mancebos que penetraban casi á diario por las puertas (cuando las había) de esta coronada villa, que se colaban de rondón, andando, *pedibus* ó á lomos de la asendereada mula del arriero, ó apresados entre muebles, comestibles y bebestibles en las galeras aceleradas, que á pesar de tener la fama de tales no salían de su paso ni por nada ni por nadie.

Los que tenían la suerte de viajar tan cómodamente daban con sus huesos en alguno de los mesones y posadas de la Cava Baja y calles de Toledo y Segovia ó en la legendaria del Peine, que aún subsiste, si no en la esencia, en la presencia.

Los que habían hecho el viaje en el coche de San Francisco, que eran los más, daban con su cuerpo en algún zaguán mal alumbrado ó sin alumbrar, que era lo más común, ó en los soportales de la plaza y calle Mayor, de Bringas ó de Botone-ras, si no venían facturados á algún aguador ó portero de alguna covachuela ó portero de casa grande, en cuyo caso la cama, la cena y algún que otro torniscón como primeros elementos de enseñanza los tenía asegurados; si no era así, el parco refrigerio de la Santa Hermandad del Refugio y la sopa de los conventos fortalecían su averiado estómago hasta que se daban de bruces, no con uno de los pesos duros de los que, según decían por su tierra, se encontraban en ésta á punta-piés, sino con un padrino, protector ó Mecenas, que era el pesofuerte que le había de servir de contrapeso para no sumergirse en las procelosas olas de la corte ysacarle á flote de las borrascas que en revuelto mar había de sufrir.

Y que lo encontraban era cosa segura; ya venían bien aleccionados de su casa; ya sabían que, los ojos bajos para alzarlos á su tiempo, una sonrisa placentera y una estudiada humildad susceptible de convertirse en arrogancia insultante cuando llegara el caso, eran los indispensables requisitos para coger la fortuna por el lado que se presentase y aprovechar la ocasión aun cuando fuese más calva que un mandarín chino.

No desaprovechaban ellos ó ellas las lecciones de gramática parda que traían ó las que les daban sus parientes y deudos si los tenían, y siguiéndolas al pie de la letra, pronto cambiaban su raído traje por el de *manoteros*, que conducían la silla de manos del magnate, por el de lacayo, que haciendo risible pareja con el reluciente y empolvado cazador, erguía su ostentosa figura á la trasera del coche, ó por el de paje de bolsa, mayordomo, que era el primer escalón de la privanza en aquellos tiempos, y el que lograba colocarse en él y figurar como figura visible en la covachuela al lado de su amo el se-

cretario del despacho, bien podía decir que se había calzado con el santo y la limosna, porque al fin y al cabo en las covachuelas de las gradas de San Felipe se confeccionaban muñecos de cartón, algunos con dos caras—y los hemos visto—una debajo de otra, y en las covachuelas reales se confeccionaban hombres de Estado; si habían sabido sacar partido, que sí lo sabían, de un billete entregado á tiempo, una intriga seguida sin aparentar conocerla, un buen palmito si era ella, una buena figura si era él, osadía bien encubierta, descaro bien disimulado, humildad bien fingida y otra porción de circunstancias que constituían el *ars vivendi* de aquellos rapaces que parecía que no iban á soltar nunca el pelo de la dehesa.

Y que le soltaban, ¡pues no faltaba más! y aun cuando conservaban siempre ese aspecto un sí es no es arrogantemente humilde, aunque esto parezca un contrasentido, se pasaban de listos, y daban quince y falta á sus protectores, que seguros de haber proporcionado á la patria un hombre ó quizá un héroe, no se arrepentían de haber hecho tan meritoria obra, antes, por el contrario, lo tenían á gala, y no se despertaba, como ha sucedido más tarde, la envidia de su misma hechura, la que, aun cuando fuera en apariencia, se mostraba agraciada, si no le pisaban, porque entonces el despreciativo orgullo con que miraba á cuantos tenía debajo y le adulaban se hacía visible para el que sirvió de pedestal á su grandeza.

De esta regla quedaban excluidos sus paisanos, y si entre ellos estaba su Mecenas, contaba con un bill de indemnidad tan amplio como el cariño que conservaban al terruño, del que no sólo no se desprendían, sino que, por el contrario, pasados algunos años se acentuaba tanto y tanto que el mal conocido por el amor á la tierra, ó la nostalgia del país como hoy se dice, se apoderaba de ellos hasta el punto de tener que dar allí con sus huesos, despreciando las vanidades y grandezas humanas, con tantos sinsabores adquiridas y con tantos trabajos conservadas.

No se puede negar que el desagradecimiento ha sido patrimonio de todos los tiempos, de todas las épocas y de todas las edades; pero en aquéllos la religión por un lado, la máxi-

ma de honradez y el principio inexorable del cumplimiento de los deberes y obligaciones respectivos, unido al buen ojo que aquellos señorones tenían para escoger favoritos ó sembrar melones, como decía un padre jesuita aludiendo á la respetable casa de protegidos y protectores, era un contrapeso que regulaba la marcha de aquella sociedad, tan exageradamente alabada por unos como injustamente vilipendiada por otros. Hoy la cuestión es la misma en el fondo, si bien algún tanto variada y modificada en la forma.

Hoy, como ayer y como mañana, siguen y seguirán acudiendo á esta coronada villa como moscas á panal de rica y sabrosa miel multitud de muchachos, unos desheredados por la fortuna que vienen en su seguimiento, y otros que no contentos con la que les cupo en suerte en su provincia, lugar ó aldea, vienen á derrochar ésta para adquirir otra menos sólida, pero más conforme con las aspiraciones modernas, que abren ancho campo á la ambición desmedida, que es patrimonio de la sociedad actual.

No atravesado en un mulo, ni en una mala galera como antaño, sino arrastrados por la vocinglera locomotora, llegan aquí los aspirantes á grandes hombres, y unos arrimándose como entonces al sol que más calienta, otros echando por la ventana el peculio paterno con tanto trabajo adquirido y con tantas vigiliass conservado, en vez de bogar y salir á flote de los claustros universitarios, nadan y naufragan en las casas de juego, cafés, etc., etc., y cuando se encuentran sin un cuarto, en vez de servir de fámulos como antiguamente á los estudiantes ricos y á sus expensas brillar en el foro, en la política, en las ciencias y en las artes, cambian su papel y en vez de buscar protección se convierten en protectores merced á lo expedito de su lengua, su entrometimiento y unas cuartillas de papel que convertidas en letras de imprenta le transforman en todo un periodista que arremete con el que encuentra, sin reparar en condiciones ni jerarquías, y si ha buscado y encontrado un padrino que le dió la mano, él se toma el pie y se declara su mayor enemigo y codicia su puesto, sin que le duelan prendas ni repare en medios—lo que el protector pagaba en la misma moneda,—por aquello de que menos trabajo

cuesta coger lo que está más próximo que buscarlo, cosa muy natural en esta época, en la que hasta la envidia es holgazana y procura no gastar sus fuerzas en cosas difíciles, sino alcanzar mucho con poco trabajo.

Empresa que favorecen mucho los astros de hoy, que no tienen el tino de los de ayer para escoger sus satélites.

Aquellos hombres sabían más que Lepe. La instrucción de entonces era más sólida y entraba la letra con sangre y las ciencias á macha martillo, y por otro lado, la gramática parda que estaba al alcance de todos y no les permitía engañarse, y su brillo era natural y propio, no como el de los de hoy, que se conoce debe ser prestado, porque al escoger sus satélites procuran sean de tal condición que no les arrebatan el esplendor, que por esta circunstancia parece que le tienen prendido con alfileres. Sólo así se explica que se enamoren de lo peorcito de cada clase y que si se encuentran con alguno que sea instruido, recto, amante de la justicia y de la igualdad, que la rectitud sea su norma y el agradecimiento su más saliente cualidad, le encomien, le ensalcen, pero que le declaren excedente é inútil para el servicio, con su correspondiente patente de chiflado, si no le dan la de mamarracho, con aplauso unánime de toda la corte celestial del astro protector.

Los hombres del pasado necesitaban apretar las clavijas, como se dice vulgarmente; para llegar á la cumbre se atestaban la cabeza de infolios, pasaban la vida entre los ergos y distingos o haciendo cortesías y genuflexiones y pasando las de Caín hasta ver realizados sus sueños; los del presente, con unas cuantas frases de efecto, algunas páginas mal aprendidas, unos versos de relumbrón, algún drama cortado del francés y un poco arreglado, aun cuando se conozca, mucho incensario por fuera, mucha envidia por dentro y un odio al que se eleva y una gran cantidad de osadía con sus ribetes de buena educación, decir lo contrario de lo que se siente y sonreirse cuando se va á dar el palo, doctoran de eminencias en un dos por tres, y sólo hay que pedir á Dios nos la depare buena si llega el mundo á convertirse en eminencias de ese nuevo cuño.

RAMIRO.



DESDE LA CELDA AL TRONO

III

Los Ricos-homes de Aragón.

—¡Mi paciencia, por Dios, que ya se agota!
Nuestra necia inacción no se concibe.
¿No os parece, Vidauri, que ya es tiempo
que cese este espectáculo increíble
que da Aragón, para vergüenza suya,
á los vecinos reinos? ¿Quién permite
que todos en su afán de disputarse
nuestro suelo, en su contra se coaliguen?
Es verdad que quien cambia el Breviario
por el cortante acero de las lides,
en vano nos convence con sus hechos,
sin conocer el mundo donde vive,
que á ser rey ha llegado. ¡Buen caudillo
quien se estremece al son de los clarines
y soportar no sabe la loriga,
porque tarde aprendió cómo se ciñe!
Así, no recatándose, se expresa
Ruy Jiménez de Luna. A lo que dice

asienten á su vez algunos nobles que, formando hasta el número de quince, de Huesca en el alcázar convocados se encuentran por el Rey.—No se le olvide al de Luna que está donde los muros tienen ecos que todo lo repiten.

—¡En buen hora! Esos ecos, si les place, mis palabras al monje le anticipen.

Nos llama á sí, pues de nosotros duda, y ya el tiempo llegó de decidirse,

y arrojando los riesgos que sus iras nos puedan prevenir, fuerza es decirle:

“Á los hombres, señor, como nosotros, que para hacer mayores nuestros timbres, donde Aragón llevaba su estandarte, nos lanzamos en años juveniles,

¿cuál podremos sufrir que el de Navarra aquellas paces que con él hicísteis al dejar á Sobrarbe, así de nuevo quebrante á sus antojos? ¡Imposible!

Si á obligarle al respeto á los tratados no os creéis con poder, dejad que cuiden del patrio honor los que en su aliento tienen los medios que á acatarlos ya le obliguen.

—¡No tan lejos vayáis!—¿Un Rey cogulla se impondrá á nuestras almas varoniles?

—¡No os fiéis!—Esta plática interrumpe quien tal vez sólo con lealtad bien sirve al Rey, el conde Monteagudo.—El mismo ante el primero al punto los dirige.

Reportando su cólera el monarca, á aquellos nobles con desdén recibe.

—¿Quién presumís que en Aragón gobierna? les pregunta no más. No se deciden á responder, sin duda subyugados por ese acatamiento que invencible la regia majestad no en vano infunde, pero en breve repuesto, se permite

el de Luna expresarse con la audacia que en su duro carácter no reprime. — Cuando aquellos, señor, que desde un trono un estado gobiernan y prescinden del consejo de todo el que debiera por su cuna y su sangre prevenirle los peligros, y como se evitaran en períodos contrarios y difíciles, el desdeñado así, se considera de los que en nada tienen el oírle, desligado por siempre. — Esa arrogancia que al desacato os lleva, aunque la inspire la deslealtad y la ambición, no ciega y procaz su castigo solicite. Que rebeldes seáis no me sorprende, mas sí que de Aragón tanto os irrite el decoro se amengüe, cuando cómplices sois, turbando la paz, de gentes viles con quienes, llenos de falaz astucia, vuestros planes ilícitos prosiguen. Con ellos sois mis enemigos. ¡Basta! Hoy por última vez se os apercibe. Quizá penséis que quien en vida austera fué para el mundo religioso humilde, pusilánime acaso se amedrente á la amenaza, á la insolencia horrible, al que es de haciendas y de vidas dueño y en quien la sangre que heredó revive. ¡Cuán funesto ese error seros pudiera! La muerte aguarde quien mi aviso olvide. Esto dijo, y volviéndoles la espalda, retiróse. Quedaron impasibles aquellos que, cediendo á su soberbia y fijos siempre en sus audaces fines, presumían que nunca la amenaza del monje Rey saliera de otros límites.

IV

Como se abate la soberbia.

Aquel abad venerable
que sintió con tal extremo
la partida del que fué
llamado á regir un reino,
paseábase, á la hora
en que el sol descende lento
á su ocaso, por la huerta
de su santo monasterio.
Suspendía sus miradas
en los capullos esbeltos
de las flores que su aroma
regalaban á los céfiros,
y en ellas y en todo iban
sus profundos pensamientos
á hallar la grandeza suma
del Creador del universo.
Distrájole allí de pronto
el rumor que oyó no lejos,
de extraña gente, y tornando
la vista, advirtió á su encuentro
llegaban dos Ricos homes,
del monarca mensajeros,
que una carta le traían
de su puño y con su sello.
Causóle profundo gozo,
porque era mucho su afecto
á aquel que vivió á su regla,
al lado suyo, sujeto,
y no tardó en enterarse
con rostro grave é inquieto,
de todo su contenido,
guardando después silencio.

Meditabundo quedóse;
tornó á su anterior paseo,
en tanto que allí á su vez
los emisarios aquellos
esperaban la respuesta,
con el más mudo respeto,
que debían sin demora
llevar á su augusto dueño.

¿Qué contendrá tal escrito,
cuando un rostro tan sereno,
donde jamás las pasiones
humanas hallaron tiempo
de imprimir su triste huella,
ni perturbarlo un momento,
así se ofrece alterado,
así ceñudo y severo?

De los dos que allí aguardaban
de tal entrevista el término,
atrevióse uno al anciano,
olvidado así de ellos,
á interrogarle, por último,
con deferentes acentos.

—¿Qué respuesta á nuestro Rey,
señor, llevarle debemos?

—Tenéis razón: dispensadme.

Os la voy á dar muy luego,
contestóle el buen anciano,
á su súplica accediendo.

Tomando una hoz entonces,
se dirigió á los más sueltos,
á los más crecidos tallos
que carecían, inmodestos,
diciendo á plantas y flores:

«¡Nosotros sólo valemos!»
de su ventaja orgullosos,
preciándose de soberbios.

De un golpe al cortante filo,
segados todos cayeron.

Su orgullo en un breve instante
 quedó por siempre deshecho.
 —¿Habéis visto lo que hice?
 dijo el anciano, volviendo
 á los nobles emisarios
 sus miradas. Sólo os ruego
 que al monarca refiráis
 cómo fué, ni más ni menos.
 Ésta es solo mi respuesta,
 y que añadir nada tengo.
 Los dos besaron su mano,
 y á la corte se volvieron.
 El anciano alzó los ojos
 al puro azul de los cielos;
 bajólos después, é inmóvil
 permaneció largo tiempo,
 y más de un hondo suspiro
 no pudo guardar su pecho.

V

La sentencia real.

—¿Y ésa fué su respuesta?
 —Esa sola, señor. Bajó su frente
 el soberano de Aragón; sin duda
 una idea tenaz, tal vez funesta,
 el alma entonces de piedad desnuda,
 encerraba en un círculo candente.
 —Dejadme ya, les dijo á los que habían
 cumplido su misión. Tras breve instante
 y quedando á sus solas, su semblante
 expresó aquella mezcla incomprensible
 que en él no pocas veces advertían
 sus vasallos en críticos momentos,
 de altivez y humildad, y esa soberbia

con la virtud cristiana incompatible,
y que excluye los dulces sentimientos.
—¡Ellos lo quieren!—exclamó.—Les debo
la aclamación que quiso su entusiasmo;
les debo una corona
que corona es de espinas; mas faltaba
que también recibiera mi persona
como Rey su saludo por sarcasmo.
De este combate de la vida lejos,
aun allí, ¡cuántas veces no podía,
de la razón rebelde á los consejos,
dominar la altivez que en mí sentía!
Á la ilusoria ofensa, aun en la calma
igual á la que reina con la muerte,
juzgábame tan fuerte
que de haber el procaz allí existido,
pronto hubiera sentido
los furoros que caben en mi alma.
¡Lo han querido y será! Bien elocuente
es el consejo que escuchar hoy quise.
A cada cual su puesto se precise;
el monarca sea el juez inexorable
que dé su pena al súbdito insolente.
¡La sentencia ha de ser inapelable!
Con lúgubre sonido la campana
que anuncie ¡oh gentes viles! vibradora
vuestro funesto fin al reino todo,
en breve ha de sonar, y pues que ahora,
en vuestro orgullo necio,
pensáis que vuestra fuerza me amilana
y á sufrir vuestro insulto me acomodo,
¡os juro que el desdén y menosprecio,
desacato cruel y burla impía
que os inspira este Rey acostumbrado
al rezo y la piedad, veréis trocarse
en ayes de dolor y de agonía
que han de hacer memorable mi reinado!
Jamás á tal extremo llegar pudo

la exaltación del Rey, así ofendido; falto de fuerzas, vacilante y mudo, dobló su frente y exhaló un gemido.

VI

El eco de la campana.

Penoso y singular presentimiento sentíase en el alma. Á la tristeza inclinaba la nube que cubría cual negro manto la ciudad de Huesca. Sospechábase, pues, algo terrible, sin el qué precisarse se pudiera; habíase observado que al verdugo le abrió el alcázar, misteriosa puerta; pero no que en su umbral le precedieron á su vez, entre picas y ballestas, conducidos en número de quince, aquellos de Aragón por su nobleza los más altos tenidos. En sus rostros su arrogancia tenaz estaba impresa pero bien en tal trance se vendía, á su despecho, la inquietud secreta de un peligro fatal que recelaban, nada limpias de culpa sus conciencias. Era público ya que sorprendidos fueron éstos al ir á la frontera á unirse al conjurado, que de nuevo trataba de mover lucha sin tregua contra aquel que de súbito hasta un trono subió desde el recinto de una celda. Aquellos en tal forma conducidos en gran silencio por extrañas sendas, ese frío glacial que da la muerte extenderse sintieron por sus venas. Con lentitud bajaron los peldaños

tortuosos de lúgubre escalera
que de la torre del alcázar iba
á una profunda y tenebrosa cueva,
la que el hueco interior de una campana
presentaba en su forma más completa.
Comprendiendo ya entonces que la muerte
bajaban á encontrar, á la sentencia
cruel é inapelable, á algun sombrío
lugar en las entrañas de la tierra,
trataron de luchar; pero se vieron
sujetos á la vez por manos férreas,
y sólo el eco subterráneo pudo
repetir el clamor de sus protestas.
Uno á uno de súbito impelidos
se vieron á aquel antro por sorpresa,
y á cada uno que en su espacio entraba,
horrendo grito resonaba fuera.
Hasta quince alaridos de agonía
y otros tantos del eco, allí sin tregua
sucedieronse... ¡Ay, por cada uno,
en el suelo rodaba una cabeza!
Después... en hondo, sepulcral silencio
quedó el lugar de tan horrible escena.
De las víctimas, cinco de los Lunas
heredaron la sangre y la braveza;
los diez restantes, por su clara estirpe
y sus audacias afamados eran.

Precedido del conde Monteagudo,
antes don Pedro de Tizón á secas,
instigador quizá de las justicias
que un antiguo rencor satisficieran;
baja la vista, tembloroso el paso,
la faz de blanca palidez cubierta,
á aquel paraje descendió á muy poco
el mismo Rey, y al imprimir su huella
en el dintel del cóncavo recinto,
al respirar su atmósfera sangrienta,
al advertir los hacinados cuerpos

en compacta pírámide, y aquellas separadas cabezas de sus troncos, pensó el monarca de Aragón que éstas se agitaban fijando sus pupilas en él con el fulgor de la centella, amenazantes, hórridas, á un tiempo que en sus labios se ahogaba una blasfemia y la salvaje maldición lanzada á su trono, su alma y su existencia. Quiso hablar y no pudo, y sostenido por el Conde, tornó á la estancia regia, donde á modo de horrible pesadilla, en vano acongojado pretendiera rechazar de ante sí quince fantasmas que alzaban contra él su airada diestra.

—
Si temido se vió, si respetado desde entonces el Rey que hasta la befa de sus súbditos fué, nube sombría envolvió el alma suya en la tristeza. Abrumado por fin bajo aquel peso, tan fatal para él, de su diadema, cediósela gustoso al bravo Conde de Barcelona, cuyas nobles prendas en verdad que no menos merecían, y recibido cual Monarca era en la ciudad César-Augusta, á un tiempo que aquél tornaba á la claustral vivienda en San Pedro; olvidándose del mundo, de la muerte no más en triste espera. El eco de una fúnebre campana unido siempre á su memoria lleva.

ÁNGEL LASSO DE LA VEGA.



LA BATALLA DE MOBILA ⁽¹⁾

Á venticinco millas del golfo Mejicano, en arenosa llanura, sobre la margen occidental del río de su nombre, al fondo de extensa bahía, se asienta Mobila, principal ciudad del estado de Alabama, con menos de 40.000 habitantes. En un tiempo exportaba anualmente, por término medio, más de 600.000 balas de algodón, enviando muchas á Nueva Orleans para que, vendidas como luisianesas, obtuvieran precio más ventajoso. Cuando ensangrentaba la guerra civil los Estados Unidos, hizo Mobila riesgoso y tenaz contrabando de pertrechos y mercancías y lanzó al Océano el funesto corsario *Florida*, por lo cual resolvió el Gobierno de la Unión que el ilustre marino Farragut conquistase, á lo menos, su bahía.

De los diversos canales por donde penétrase en ella, solamente uno podía aprovechar aquel jefe, atendido el calado de sus bajeles—el que se abre entre la Punta de Mobila y la arenosa isleta del Delfín.—En la extremidad occidental de la primera se alzaba el pentagonal castillo de Morgan, con 115 piezas, entre ellas las de una batería colocada en la playa á flor de agua; inmensos montones de sacos de arena

(1) Del libro inédito *Americanos ilustres*.

resguardaban su frente; 640 oficiales y soldados constituían su guarnición. Al N.O., tres millas más arriba, amenazaba con sus 30 cañones la fortaleza de Gaines, que encerraba 46 oficiales y 818 soldados. Absolutamente era posible que en el canal se aventurasen buques enemigos, sin sufrir el fuego de entrambos fuertes, particularmente el primero. Cerca, en sitio indicado por una boya colorada, concluían las dos hileras de torpedos, dispuestas á continuación de las estacadas que erizaban los bayíos situados, ya al E., ya al S. del castillo de Gaines. Con sus cuatro cañones protegía el fortín de Powell un canalizo que únicamente podían surcar naves de exiguo calado. Á unos 450 metros hacia el N. del castillo de Morgan estaba anclado el vapor *Tennessee*, revestido con un blindaje de cinco á seis pulgadas de espesor y cuyas férreas planchas habían sido perfectamente remachadas. Á dos pies bajo el agua escondía su tremendo espolón, que parecía irresistible cuando impulsaban al buque sus dos máquinas poderosas. Montaba en casamata seis cañones rayados, de los cuales dos eran giratorios y disparaban proyectiles sólidos de 110 libras. Como cachorros del monstruo, se agrupaban á poca distancia tres cañoneros, con un total de 16 piezas. Mandaba la escuadrilla el valeroso y experto contraalmirante Buchanan, amigo de Farragut desde la niñez, compañero suyo en el servicio naval hasta que los separó la fratricida lucha. Con 14 barcos de madera y cuatro medianos monitores, apoyados por 5.000 infantes (que nada lograron hacer), confiaba adquirir nuevos laureles el insigne debelador del Mississipi. A no conocerle tanto sus marinos, á no saber los prodigios que realizaba con su gran talento, experiencia, valor, energía y habilidad, hubieran creído que los llevaba á derrota y muerte seguras.

El 4 de Agosto de 1864, por la tarde, embarcóse en un falucho Farragut con sus comandantes, para examinar el anclaje de sus monitores, así como los castillos, desde bastante cerca. Después reunióse un Consejo de guerra para ocuparse en las operaciones del día siguiente—el de la batalla—y acordóse por unanimidad, contra el deseo y la convicción de Farragut, justificados de terrible manera por los sucesos

posteriores, que, en vez de comenzar el ataque la capitana, lo hiciera la *Brooklyn*. Alegó el Consejo que llevaba la última cuatro cañones de proa y aparatos pescadores de torpedos; mas era su noble y principal objeto disminuir en lo asequible la exposición de su esclarecido jefe. Luego, en profundo silencio que tenuemente interrumpía el crujir de la pluma discurriendo por el papel, se dedicaron todos á escribir á sus familias, á sus amantes ó amigos. ¡Dramático, solemne momento! Desde los confines de la vida y la eternidad, aquellos marinos abarcaban rápidamente, en intuición vigorosa, la primera con sus deleites, amores, afanes, desengaños, empresas, triunfos, amarguras, emociones innumerales; la segunda, océano desconocido, interponiéndose cruel entre corazones unidos estrechamente y devorando infinitas esperanzas é ilusiones juveniles. Concluídas las cartas, hubo cuentos, bromas y risas: aquello fué como la chispeante bebida con que muchos buscan distracción á ideas y sentimientos abrumadores. Más tarde, la quietud y el sueño reinaron en la escuadra, lo mismo que en la bahía y en las fortalezas. ¿Quién hubiera imaginado que, tan inmediatos, sosegadamente durmieran hombres que pronto pelearían con indecible furia?

Á las tres de la mañana, avisadas por el pito de los contramaestres, hicieron zafarrancho de combate las tripulaciones; después se desayunaron con café y *sandwichs*. Conforme al intento de su almirante, esperaban almorzar dentro de la bahía, á la hora de costumbre. Si bien era viernes, día supersticiosamente ominoso para la generalidad de los navegantes norteamericanos, y no ignoraba nadie lo difícil y azaroso de la empresa, á todos infundía buen ánimo la presencia de Farragut. Advirtió éste, con satisfacción, que el impetuoso viento impeliría el humo de los disparos hacia los castillos, molestando excesivamente á los defensores. Á las cinco y media, sin haber concluído aún de tomar té, dijo tranquilamente Farragut al comandante de la capitana: «Drayton, ya podemos ponernos en marcha.»

Apareados con gruesos cables, partieron seguidamente en columna los buques de madera, precedidos por la *Brooklyn*

y el cañonero *Octorora*, mientras para proteger á la escuadra contra el castillo de Morgan y el *Tennessee*, avanzaban por la derecha, uno tras otro, los monitores, yendo el *Tecumseh* á su cabeza. Con majestuosa lentitud, altivamente desplegada su bandera, símbolo de gloria, libertad y progreso, entraba en aquel baluarte de la esclavitud la flota del Norte: parecía que la ultrajada patria, la patria constituída por Washington, venía, severa, á reclamar sumisión, á imponer castigo á sus hijos culpables. Colocáronse al S. y al E. del castillo de Morgan seis vapores para cañonearlo de costado; mas no pudiendo anclar á conveniente distancia, prestaron concurso casi estéril. Oponiendo á los agresores sus baterías de babor, se escalonaron en el canal mayor las naves confederadas, poniéndose el *Tennessee* junto á la línea interna de torpedos. Habíase disipado la niebla, y, convidando á vivir, á gozar, ensanchando el alma, vertía esplendores la mañana, sonreía en el cielo y las ondas.

Á las seis y cuarenta y siete minutos retumbó el primer tiro, disparado por el monitor *Tecumseh*; tras no breve intervalo, contestó el castillo de Morgan y presto generalizóse el combate. Estremeciase toda la capitana al soltar las andanadas de sus doce cañones Dahlgren. Sin turbación, sin apresuramiento, con la imponente calma del verdadero valor, en silencio, peleaban los federales; oíase de vez en cuando «Firme, muchachos,» ó los vivas que celebraban feliz cañonazo. Semejaba la bahía inmenso volcán que, por cráteres numerosos, arroja llamas, poblando de humo y estruendo el espacio. Como necesitaba Farragut dominar con sus miradas aquel pavoroso teatro para ordenar las maniobras oportunas, subió por los aparejos hasta asirse de las arrai-gadas, permaneciendo así hasta rebasar el castillo de Morgan. No concibió Homero cuadro tan épico, tan verdadera sublimidad: por encima de la humareda, los relámpagos y truenos de la artillería, los destrozos, la mortandad, sereno erguía-se Farragut, atento á todo con su robusta inteligencia. Como en la *Eneida* aparece Neptuno señoreando el conflicto de olas y vientos, hubiérase dicho que allí estaba el almirante para subyugar la tempestad de los furios huma-

nos. Temiendo que fuera precipitado al agua por cualquier choque, mandó el comandante Drayton que le ataran.

Se detuvo repentinamente la *Brooklyn*, produciendo confusión en sus compañeras que la seguían y haciendo temer que desastrosamente tropezaran unas con otras. Precipitándose con ímpetu la marea por el canal, empeoraba el apuro, pues no era difícil que echase á la orilla algún barco. Telegráficamente preguntado respecto á su parada, contestó el comandante de la *Brooklyn* que le estorbaban el paso los monitores. Mandó entonces Farragut que dicha nave y las últimas avanzasen. Á seguida se interrumpieron las comunicaciones entre la *Brooklyn* y la capitana, por haber tirado ésta al *Tennessee* un proyectil de 100, esparciendo humareda considerable. Simultáneamente, un obús, manejado por seis hombres, fulminaba desde la cofa la batería situada ante la fortaleza de Morgan, á flor de agua. En esto sacudió los aires enorme explosión y, creyendo los marineros de la *Hartford* que había perecido el *Tennessee*, prorrumpieron en vítores, sucesivamente repetidos por la escuadra unionista; pero, desde su atalaya, había visto Farragut la horrible realidad. Creyendo equivocada una orden de su jefe, hizo Craven, comandante del *Tecumseh*, que pasara éste por donde se le había prohibido; pero, tocando en un torpedo el monitor, se tambaleó, tumbóse y á los dos minutos desapareció, sepultando consigo á 113 hombres. En ocasión que se hundía el buque, encontráronse al pie de la escalera que conducía á lo alto de la torre el desgraciado Craven y el piloto Collins, y recordando el primero que, por culpa suya, se veían en trance tal, quiso despedirse de su subalterno con una muestra de abnegación y le dijo: «Pase usted primero.» Apenas holló el piloto el peldaño superior, sintió que el buque se sustraía á sus plantas. Collins y unos pocos fueron salvados por el adolescente y heroico Enrique C. Niels, quien, desafiando un fuego infernal, expuesto á cada instante á ser víctima de los suyos ó los enemigos, en un bote voló á librarlos, por disposición del solícito Farragut. Advirtiéndole Niels que no tenía bandera, improvisó una y desplególa gallardamente, entusiasmando á todos, aun á los confederados.

Para telegrafiar la ya sabida catástrofe del *Tecumseh*, volió á pararse la *Brooklyn* y, aunque le ordenó el almirante que siguiera adelante, no lo efectuó, ya por mala inteligencia, ya por temor á los torpedos, comprometiendo por segunda vez y más gravemente la jornada. Á consecuencia de la posición, solamente podía la capitana usar sus contados cañones de proa, quedando, por consiguiente, casi á la merced de los barcos enemigos, así como del castillo de Morgan, que rápidamente la abrumaron con una lluvia de proyectiles, causándole estragos atroces: colmóse de heridos la enfermería, inundóse en sangre la cubierta, que poblaron cadáveres, fragmentos humanos. Por una bala de cañón fué decapitado un artillero; perdió otro entrambas piernas, y como al caer abriese los brazos, se los arrancó un segundo tiro; á media dotación de una pieza derribó una granada; otra hirió ó mató á quince individuos.

En tan críticas circunstancias, adoptó Farragut una resolución digna de su iniciativa y bravura. Enterado por el piloto de que á la izquierda de la *Brooklyn* hallaría fondo suficiente, dispuso que cuanto antes, á toda máquina, sin cuidarse de torpedos, volase la *Hartford*, con su compañero el *Metacomet*, á ocupar la cabeza de la desconcertada línea, pudiendo así reformarse ésta y seguir la ejecución del plan trazado. Era, además, importante rebasar los castillos. Trascurrió un intervalo durante el cual se vieron aislados los dos buques antedichos, como á una milla de la escuadra, sin aguas bastantes para maniobrar á derecha ó izquierda, coyuntura que no desperdiciaron los separatistas. Extremando situación tan peligrosa, presentóse el formidable *Tennessee*, y muy probablemente hubiera destrozado á la capitana, cuyas balas rebotaban en su coraza como las de una escopeta en la piel de un hipopótamo ó en las escamas de un cocodrilo; pero, ya por no favorecerle el fondo, ya por creer segura la presa y por despachar primeramente otras, varió de rumbo. Pasando á 182 metros de la *Brooklyn*, con una andanada la atravesó de banda á banda; voló después hacia la *Richmond*, cuyo comandante Jenkins había puesto en el castillo de proa infantes de marina que tirasen á sus portas, no bien se abrie-

ran, y mandando que la artillería gruesa dirigiese proyectiles sólidos á la línea de flotación. Sin ocasionarse daño notable, cruzáronse entrambos buques. Trató infructuosamente la *Monongahela* de chocar con el *Tennessee*. Poco después, rompió éste, con dos andanadas consecutivas, los botes del cañonero *Oneida*, le desmontó un obús, talaó de un balazo una caldera, por lo cual se escaldaron trece marineros, é hirió gravemente al capitán. En seguida, como buscando respiro, ancló delante de la fortaleza de Morgan.

Ganó, por fin, la *Hartford* aguas más profundas, y obtenido entonces por Jonett, del *Metacomet*, el permiso, tres veces solicitado, de atacar al *Selura*, hizo que en un instante se cortase á hachazos las ataduras de su bajel y velozmente se lanzó en pos de venganza, consiguiéndola, á los treinta minutos, con el apresamiento de su contrario, tras herir al capitán, matar al teniente primero y producir en la tripulación unas diez y seis bajas. Por ser menos diligentes que el *Metacomet* los demás cañoneros federales, pudieron el *Gaines* y otro ampararse junto á un castillo; pero tan maltrecho estaba por los cañones de la capitana el primero, que lo entregó á las llamas su jefe.

Cesó el fuego y á unas tres millas, bahía adentro, echó anclas casi toda la escuadra del Norte. Formáronse grupos donde se comentaban los recientes sucesos, cruzáronse parabienes, con efusión se estrecharon diestras de amigos que habían temido no volver á verse; dulce expansión, descanso muy apetecible, reemplazaban la tensión moral de la lucha. Hiciéronse preparativos de almuerzo, mas á las ocho y cuarenta resonó este aviso: «¡Se acerca el *Tennessee!*» Al punto fueron llamados á sus puestos los fatigadísimos tripulantes de la capitana; hizo Farragut enarbolar señal de combate, y como para el caso fuese harto complicado y lento el sistema de los marinos, recurrió á un telegrafista del ejército, accidentalmente á bordo, quien, por medio de banderas, en veinte segundos prescribió á la *Monongahela*, *Lackawanna* y un monitor que de consuno embistieran al *Tennessee*. Con el empuje de su doble máquina, preñado de exterminio, seguro de aniquilar á sus contrarios, como á un cardumen la ingente ba-

llena, iba aproximándose el negro monstruo de hierro. Presintiendo lo que en su parte al ministro de Marina llamó Farragut «uno de los más fieros combates navales que se recuerden,» agolpáronse á contemplarlo desde las murallas los defensores de los castillos.

Ansioso de pelear con la capitana ó *Hartford*, velozmente dirigióse á ella el *Tennessee*, sin querer detenerse en la *Monongahela*, que le salió al encuentro. Chocaron de soslayo las dos naves, destrozándose la férrea proa y el tajamar de la federal y recibiendo la otra ligeras averías. Tampoco alcanzaron ventaja el monitor *Chicasaur* ni la *Lackawanna*, que sufrió quebranto considerable. Hállanse, por fin, frente á frente ambos almirantes, ambos amigos de toda la vida: en el punto crítico de arremeter, ocurre á Buchanan que será tal el mutuo golpe que inevitablemente se irán á pique su barco y el contrario, por lo cual, desviándose, roza únicamente con la *Hartford*, á la cual asesta una andanada; pero fallan todos los tiros, menos uno, que hiere á ocho hombres y mata á cinco. Responde Farragut con sus diez gruesos cañones, cargado cada uno con trece libras de pólvora; pero ve con dolor que el blindaje rechaza sus ineficaces balas, como tejado de metal el granizo.

Circunda al *Tennessee* la escuadra, esforzándose por dañarle, ya con el golpe de su proa, ya con su artillería. ¡Qué fragorosa tempestad de balas, de metralla, envuelta en remolinos de humo! Pasmosa es la resistencia del terrible cetáceo engendrado por la guerra; imponderable el ardimiento de los que una y otra vez le atacan sin reparar en los estragos que padecen. Virando la *Hartford* para una embestida, tropieza con ella la *Lackawanna*, dándole por delante del palo de mesana un tajo, que termina á dos pies de la línea del agua: parece ineludible el naufragio. De todos los corazones y labios sale espontáneo, enérgico, este grito: «Salvemos al almirante.» Impasible éste, examina prontamente el estado de la capitana y, seguro de que ella todavía podía flotar, ordena que á toda máquina se precipite sobre su indómito enemigo. Logran, entre tanto, maltratar eficazmente al último los monitores *Chicasan* y *Manhattan*; el uno, rompien-

do la cadena de su timón; el otro, perforando con una bala de quince pulgadas su blindaje y destrozando con un casco de granada una pierna al almirante Buchanan. Viendo éste que juntamente se aproximaban la capitana y tres buques más, enarbola bandera blanca y dispone que, para entregar á Farragut su espada y la propia, se traslade á la *Hartford* el comandante del *Tennessee*. Vítores de las dotaciones federales saludan el costoso triunfo; del seno de los barcos elevase apagada, como eco de sepulcro, la aclamación de los heridos y moribundos, consolados de padecer, de morir, dejando victoriosa la patria.

Pocas fueron las bajas de los separatistas; no así las de los vencedores, que ascendieron á 335. Cuando, después de la batalla, contempló Farragut tendidos en el alcázar de la *Hartford* los mutilados cuerpos de valientes que, á sus órdenes, habían arrostrado más de una vez los azares del Océano y la guerra, y que tan recientemente, surcando las aguas de Mobila, pobladas de alevosos torpedos, habían mostrado arrojo y disciplina admirables, lloró amarga y copiosamente, él, que estoicamente acababa de correr extraordinarios peligros. Tan noble llanto, homenaje tan exento de falsía, compensaba á aquellos humildes héroes el olvido de las gentes y la historia. En la bahía de Mobila, no menos que en otros lugares durante la colosal contienda entre el Norte y el Sur, animosamente lidiaron negros: tras soportar las infamias y crueldades de la esclavitud, érales preciso comprar con su sangre una libertad que sobradamente merecían.

Por sugestión del Dr. Palmer, cirujano mayor de la escuadra federal, y previo acuerdo entre Farragut y el general confederado Page, todos los heridos de ambos beligerantes, incluso Buchanan, fueron trasladados á Panzacola para ser debidamente atendidos. Por expreso y personal mandato de Farragut, presentóse Palmer al almirante vencido para brindarle sus servicios. La exasperación de Buchanan hizo imposible una entrevista con su vencedor. Ambiciosa, temerariamente, aspira la amistad, cual todos los afectos humanos, á una perpetuidad que por manera lastimosa frustran los hechos.

En 1862 el poeta angloamericano Enrique Howard Brownell versificó la orden general expedida por Farragut, cuando se preparaba á forzar las defensas de Nueva Orleans. Gustó al marino la composición, y en una de las cartas que por tal motivo se cruzaron, manifestó el autor su deseo de presenciar una batalla naval. Autorizado por Farragut, asistió en la *Hartford* á la función de Mobila, tomando apuntes con tanta serenidad como en su despacho, y ya el lector ha podido concebir cuán espantosas eran las circunstancias. Fruto de aquel día fueron enérgicas estrofas, donde familiarmente pintó lo que había visto y que pronto alcanzaron popularidad en los Estados Unidos.

Notorio es que no suelen pecar de parciales en favor de los norteamericanos sus progenitores los ingleses. Sin embargo, la *Gaceta de la Armada y del Ejército Británico* otorgó á Farragut la preeminencia entre los marinos militares de su tiempo; el contraalmirante Hamilton, juzgando la batalla de Mobila, dijo que aquél, con su sagacidad y el don de resolverse presto, había sabido trocar en victoria un desastre.

Aún faltaba conquistar los castillos que defendían la bahía de Mobila; el de Powell fué evacuado y parcialmente destruído por su guarnición; el de Gaines, atacado por la escuadra y las tropas del general Granger, rindióse pocas horas después, atendida la inutilidad de ulterior resistencia; más briosa y más prolongada fué la que opuso el de Morgan, donde residía el general Page. Combatido por los buques, por las fuerzas de Granger aumentadas, por varias baterías, una de ellas sacada del *Tennessee*, rindióse á discreción el día 22, después de haber hecho furioso cañoneo. En 1.464 prisioneros y 104 piezas consistió el trofeo de los vencedores.

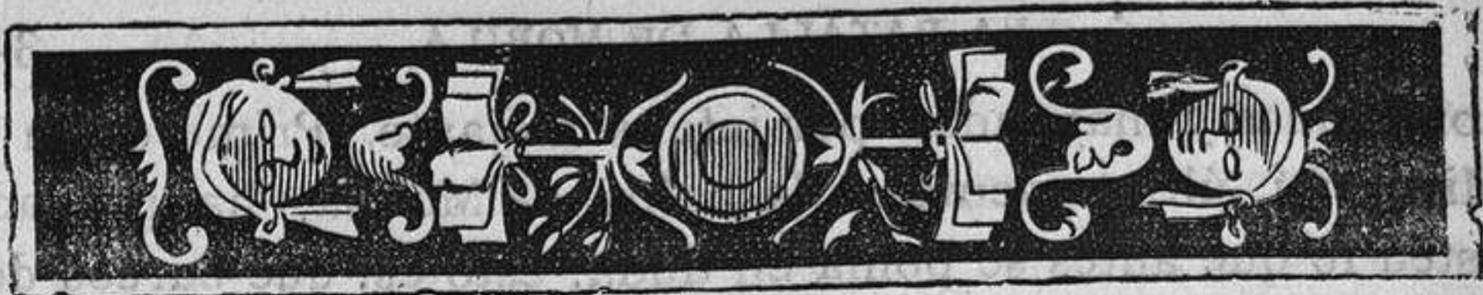
Fecilitando á Farragut por el remate dichoso de su empresa, escribióle el ministro de Marina: «El triunfo alcanzado por usted en sus operaciones demuestra la eficacia y la incontrastable potencia de una escuadra dirigida por un entendimiento audaz y vigoroso; también hace ver la impotencia de cualesquiera baterías para impedir el paso á naves

conducidas y mandadas por jefe semejante. Primero, en el Mississipí, últimamente en la bahía de Mobila, ha probado usted lo que antes se ponía en duda, esto es, que barcos debidamente tripulados y dirigidos pueden afrontar las fortificaciones mejor construídas y de más gruesa artillería. Para alcanzar sus victorias sucesivas, ha tenido usted que vencer grandes peligros; pero el desenlace ha justificado el sistema de usted, así como la intrepidez de nuestros oficiales y marineros.»

Creando para Farragut el grado de vicealmirante y, posteriormente, el de almirante, mostró el Gobierno federal cuánto preciaba sus servicios.

EMILIO BLANCHET.





RELATO DE UN VIAJE DE ESPAÑA Á FILIPINAS ⁽¹⁾

En la parte llana del camino sólo hay unas cuantas casetas miserables, habitadas por indígenas medio desnudos: su aspecto contrasta con las señales de civilización y progreso expresadas por el telégrafo eléctrico, cuyos alambres se sujetan en postes contiguos á aquellas mezquinas viviendas. Es el sistema inglés, que para nada se ocupa de los naturales de sus colonias: les imponen tributos y gravámenes de todas clases, pero maldito si se ocupan de si van vestidos ó desnudos, y menos de darles instrucción sino en cuanto para los dominadores pueda ser de utilidad.

Al pasar por una de las casetas, vimos una gacela echada á la sombra que aquélla arrojaba, y Fermín exclamó:

—¡Lástima grande no podamos arrancar unas plumas á ese maldito, para enviárselas al *gran poeta* lemosino.

D. Ángel y yo reímos de buena gana la ocurrencia; pero D. Damián, que no entendió la alusión, repuso muy serio:

—¿De qué animal habla usted, D. Fermín? Yo no veo por ahí ningún pájaro.

Hubimos todos de soltar el trapo con tal pregunta; pero

(1) Véase la pág. 532 del tomo anterior.

pudimos contenernos, y Fermín en pocas palabras explicó á nuestro compañero el famoso *lapsus* de Balaguer.

Conforme avanzaba el carricoche, parecían venírse nos encima las gigantestas montañas que circundan á Steamer-Point. Por más que mirá bamos, no se veía por dónde habíamos de pasar, hasta que al llegar al pie de las cumbres, una rapidísima curva del camino nos permitió descubrir parte del mismo que avanza en ascenso formando numerosos zig-zags. Pero aquello, más que camino, es un cuartel, á juzgar por el número de soldados que veíamos á cada paso; pero cuartel fortificado, pues por todas partes hay muros con aspilleras; otras mayores dejan asomar las bocas de los cañones; varias cortaduras bastantes profundas pueden interceptar el camino, salvándolas por puentes levadizos. En fin, todo está perfectamente preparado para defender los establecimientos europeos de la costa contra cualquiera agresión que los árabes osaran intentar.

De trecho en trecho hay cuerpos de guardia que mantienen varios centinelas: la tropa que vimos era toda de cipayos, que por cierto son de buena talla, los más con poblada barba y todos de aire marcial. Poco adecuado al clima nos pareció el uniforme que visten, consistente en una especie de americana azul oscuro y pantalón encarnado; en la cabeza llevan gorra redonda como la de nuestra guardia civil.

Al pasar nuestro vehículo, los centinelas se cuadraban y ponían su fusil como para hacer saludo á los oficiales, y efectivamente, saludaban á nuestras personas, pues las tropas indígenas tienen orden de rendir á todo europeo esa muestra de consideración y respeto.

Terminó al fin la subida, y entonces, á no gran distancia, vimos Aden: su aspecto nada tiene de agradable, si bien el terreno inmediato difiere bastante del que ofrece el que acabábamos de pasar, pues se ven algunos grupos de árboles, no muy frondosos en verdad, porque en aquella parte de Arabia, sobre ser el terreno malo, carece de aguas corrientes y llueve muy de tarde en tarde. Dicen que suelen transcurrir seis ú ocho años sin que la más ligera lluvia humedezca la tierra.

Cuando llegamos al pueblo, nuestro auriga nos paseó por él en todas direcciones: es Aden un pueblo musulmán en toda su pureza, y con esto dicho está que ostenta la mayor suciedad en cuanto está á la vista pública: allá en el interior de las viviendas habrá tal vez alguna en que se viva con limpieza, pero de eso no puedo certificar como lo hago de la falta absoluta de policía que prevalece en la población. Como en ella no residen europeos, los ingleses para nada se cuidan de ella, y dejan vivir á sus moradores según sus usos y preocupaciones.

Paróse el coche cerca de un sitio que por su aspecto nos pareció algo así como un mercado: lo era efectivamente, y por cierto que se hallaba entonces bastante concurrido. Pero nadie lo hubiera dicho á juzgar por el cuasi silencio que allí reinaba: aquella gente, para hacer sus compras, debe hablarse al oído ó por señas, pues habiendo allí un buen número de personas (todos hombres), apenas se oía hablar á nadie.

Pero ¡qué mercado! El piso no puedo decir de qué era; se andaba sobre una mezcla de desperdicios de verduras, despojos de carne, todo fermentado y amasado con lodo que exhalaba un olor nauseabundo. Sobre ese suelo están los comestibles que se venden, impregnados, por tanto, en aquel ambiente cuasi envenenado.

Muy pronto nos dimos por satisfechos y subimos nuevamente al carruaje.

La segunda parada fué ya fuera de la población, en lugar algo más agradable, en donde se respiraba aire puro, que buena falta nos hacía. Grata fué nuestra sorpresa al ver unos jardincitos primorosamente cuidados, en que había preciosos cestos con arbustos y flores variadas: á la inmediación paseaban unos *policemen*, que no permitían acercarse á las plantas; advertencia que hacen con frecuencia á los curiosos, llamando su atención sobre unos carteles que en letras enormes prohíben tocar las ramas, las hojas y las flores.

Están estos jardines á la inmediación de las célebres cisternas de Aden: como, según te he dicho antes, en el país,

llueve rara vez, de aquí la necesidad de haberse emprendido la obra colosal de construir aquellos depósitos inmensos, para acopiar el precioso líquido, el año que place á las nubes depositarlo en aquella comarca. He dicho construir, y debo rectificar: allí se ha construído muy poco, relativamente á la inmensidad del conjunto. El gran trabajo que una cisterna exige, que es el depósito, lo ha dado hecho la naturaleza en un profundo barranco que se ha utilizado hábilmente regularizando algunas pendientes de las laderas y el fondo, y macizando con gran esmero el terreno doquier hubiera señal de que no ofrecía consistencia bastante á resistir la presión del agua que en el barranco se había de recoger. Profano yo en la materia, me limito á repetir lo que he oído á los que en ella creo peritos: dicen que el gran mérito de la obra consiste en el profundo y concienzudo estudio que debió hacerse de la clase de tierras y rocas que forman aquellas montañas, para haber logrado evitar que las aguas recogidas se pierdan por filtración; percance que suele ocurrir en esa clase de trabajos y que ocurrió en gran escala en el canal de Isabel II, que abastece á esa coronada villa. La capacidad de las cisternas es la suficiente á surtir las necesidades del pueblo durante seis años; cito este dato porque es un hecho y sobre él hay acuerdo, mientras que de su cabida, expresada en unidades cúbicas, he oído y leído cifras que difieren en algunos cientos ó millares de dichas unidades.

Dando vueltas por los jardincitos y el terreno inmediato, nos cruzamos con muchos *touristas*, viajeros como nosotros, á quienes llevó también la curiosidad á visitar aquellos sitios, habiendo no pocos compañeros del *León XIII*. La parte de las vertientes próximas adonde empiezan á constituir el depósito ó cisterna está enlucida con cal hidráulica, formando un fino paramento: hay en él grabadas centenares de firmas, muchas precedidas de cortas frases expresadas en todos los idiomas de Europa. El nuestro figura en proporción no pequeña á la verdad, y también lo es que en él hay escritas no pocas tonterías: algunas de ellas todo buen español desearía borrarlas si posible fuera.

Refiérense á ensalzar las *glorias* de la revolución de 1868, y especialmente del período republicano: se explica esto porque entonces hacía poco tiempo empezaron sus viajes por el canal de Suez las vapores de la empresa de Olano, que iban *abarrota*dos de empleados noveles é ineptos, sí, pero *consecuentes liberales*. Como puedes suponer, no faltaba el consabido *¡Viva España con honra!* ni la frase *Cayó para siempre la raza ispurea de los Borbones*, que durante más de cinco años permaneció escrita (restaurándola con frecuencia) en los muros de la fachada del Ministerio de Hacienda, y otras por el estilo tan en boga en aquel tiempo. Llamónos la atención una de letras muy grandes que tenía la fecha de «Setiembre 1873: *¡Biva la idalguía española! Bivan las glorias de la rrepública federal!*» La transcribo con su escogida ortografía; por cierto que, dada la fecha, la evocación á las glorias no podía ser más *oportuna*; pues que, por aquellos días, los barcos de guerra españoles, tripulados por los cantonales, eran apresados como piratas por los alemanes.....

Cansados de dar vueltas por allí, fuimos al carruaje y emprendimos el regreso al pueblo, Notamos que el conductor nos llevó por camino diferente del que antes habíamos recorrido, alegrándonos después muy mucho del cambio. Verás por qué.

Ya cerca de la población, pasábamos por delante de una iglesia que ostentaba, en uno de sus frentes, el emblema de la Redención, y quisimos verla, y á la vez inquirir si era católica.

En el atrio había unos niños que nos llamaron la atención porque iban mejor vestidos que los que hasta entonces, habíamos visto, resaltando una limpieza no propia de los naturales. Se ocupaban en arreglar el piso unos, y otros blanqueaban los muros del atrio. Á poco de llegar nosotros, se acercó á los niños un sacerdote que, por su larga barba y color del sayal, pudimos conocer era un capuchino.

—Vean ustedes—exclamó D. Ángel,—la iglesia es católica: ese monje es capuchino.

—Capuchino, sí, y español como ustedes. Permítanme que les abrace...

Puedes suponer cuál sería nuestra sorpresa á tan inesperadas palabras y la satisfacción con que dimos un cariñoso abrazo á nuestro compatriota.

El buen fraile nos hizo subir á su habitación, modestísima cual su severa regla prescribe. Nos dijo estaba allí hacía once años, encargado de una misión para catequizar niños, y ver así de propagar por el país la Religión católica. Tiene recogidos unos cincuenta á quienes da albergue, alimento y vestido, á más de la instrucción religiosa. Parece son de buen carácter, no carecen de inteligencia y muestran deseos de aprender.

Llámase el capuchino Francisco Nonell: tiene sobre cuarenta años, es viva su mirada y su poblada barba castaña le da un aspecto respetable; es catalán y conserva muy marcado su acento provincial. Mostróse en extremo satisfecho de haber tenido ocasión de pasar un rato entre españoles, pues nos dijo que rara vez se acercan por allí viajeros. Obsequiónos con agua de limón, que nos supo muy bien, haciéndoselo así presente, porque se disculpaba de no podernos ofrecer otra cosa.

Estuvo también presente en nuestra entrevista el compañero del P. Nonell, capuchino también, irlandés, que no sabe jota de español, por lo que sólo pudimos corresponder por señas cuando nos dirigió la palabra, después que aquél hizo nuestra presentación como compatriotas suyos.

El tiempo pasaba agradablemente, pero el toque de una campana advirtió era hora de algúo acto á que los padres debían asistir, y nos dispusimos á retirarnos: antes entramos en la iglesia, que está al paso, oramos los cuatro unos instantes, prosternados ante la imagen de la Madre de Dios, y al salir depositamos modesta ofrenda en un cepillo que hay en la puerta. Es el templo por demás humilde, pues que son mezquinos los recursos con que cuenta: unas limosnas que recibe de Roma, algo que puede enviar el Obispo de que depende y lo que allí se recoge, que ya comprenderás no es mucho.

Abrazamos al padre Nonell, que estuvo por demás afectuoso hasta el último momento, manifestándonos elevaría sus preces al Señor para que nos diera buen viaje, y subimos al carruaje, que á buen paso nos puso en camino de Steamer-Point.

Cuando llegábamos cerca de la montaña fortificada, en vez de tomar el camino tortuoso por que habíamos pasado antes, seguimos otro por la parte más baja, y de repente, en una revuelta, desapareció el cielo de nuestra vista y quedamos en profunda oscuridad; el carruaje continuaba á todo correr. Sorprendidos quedamos y un sí es no azorados; dimos gritos al cochero, que ningún caso hizo de ellos, y hubiéramos seguido gritando á no ser porque oímos la voz de don Ángel, que decía:

—No hay que apurarse, señores; ahora caigo en que el cochero nos ha traído por el túnel.

Nos hallábamos, efectivamente, en un túnel. Al cabo de algún rato, nuestra vista, acostumbrada ya á la escasa luz que había, pudo ver la bóveda, que es bastante espaciosa. De trecho en trecho se percibía que el ruido del carruaje al rodar sobre el pavimento era más suave durante unos segundos; era la causa que entonces rodaba sobre los tablones de unos puentes corredizos que salvan profundas cortaduras; porque has de saber que el tal túnel es un camino esencialmente militar.

Los ingleses, siempre previsores, acometieron la obra gigantesca de perforar la montaña, para tener así una segunda línea de comunicación perfectamente asegurada para atacar ó defenderse de los naturales. En la boca de salida del túnel, que está inmediata á la planicie en que se hallan situados los cuarteles, hay un cuerpo de guardia constantemente guarnecido, como lo está también otro que hay en la boca opuesta.

Nuestro auriga, que deseaba hacer méritos para ganar con su oficiosidad buena propina, detuvo el carruaje frente á unos grandes barracones que hay cerca del mar, poco antes de llegar á Steamer-Point; en ellos están instaladas las fábricas de agua y de hielo.

El agua del mar se destila y después se conserva en enormes depósitos de hierro; de éstos, por medio de sifones y mangas, se trasiega á lanchas-aljibes de vapor, cuya máquina está dispuesta para comunicar movimiento á una bomba que trasvasa el agua á los aljibes del barco que de ella se han de abastecer.

También recorrimos el departamento en que se fabrica el hielo y el almacén ó inmensa nevera en que se conserva para servir los pedidos. Hay en éstos cierta regularidad, pues la hay en la llegada de los vapores de las diferentes líneas, cuyos consignatarios pasan oportuno aviso del número de toneladas que cada uno de aquéllos ha de tomar.

Con esos dos elementos, agua y hielo, los habitantes del barrio de la playa desafían la terrible sequía del país y soportan mejor el gran calor que constantemente se experimenta.

Terminada nuestra ligera visita á la fábrica de ambas substancias, emprendimos, por voluntad de nuestro cochero-cicerone, otra etapa, que fué la última afortunadamente, pues nos sentíamos algo fatigados y deseábamos vernos en nuestro hotel flotante. Condújonos primero á la capilla católica, después á la protestante y á los cementerios. Ninguna de aquellas ofrece nada de notable, ni tampoco las mansiones de la muerte; en el católico quisimos satisfacer la curiosidad de ver las tumbas de dos Generales españoles que allí duermen el eterno sueño. El General Mac Crohon, asfixiado en el mar Rojo, en viaje á Filipinas, adonde iba el año 1865 á ejercer el alto cargo de Gobernador Capitán General, y el de la misma clase de la armada, Salcedo, que falleció también en la mar, al regresar de Manila tres años después.

Es de notar la circunstancia de que ambos hacían en el mismo vapor el viaje de ida, y el General Salcedo asistió al sepelio de su compañero. ¡Qué ajeno estaría entonces de que en plazo no lejano en aquel mismo lugar había de ser sepultado su cadáver!...

También vimos allí una lápida que cubre la fosa en que fué enterrado un jefe de nuestra armada, cuyo nombre no se podía leer por estar cuasi borradas las letras; pero sí apare-

cía que era comandante de la fragata *Carmen*, y que falleció en 1878, en viaje de Manila á la Península.

¡Cómo envidiarán seguramente nuestra excursión los seres queridos de esos españoles, cuyos restos yacen en extraña tierra!...

Y á nosotros, es la verdad, nos llevó la curiosidad tan sólo, ó más bien la voluntad de nuestro cochero.

Al llegar al muelle, satisfacimos á éste la cantidad que le correspondía según tarifa, aumentada con una *rupia* (unas dos pesetas veinticinco céntimos), y debió quedar contento pues nos hizo la mar de cortesías.

Embarcamos en el primer bote que se presentó, y al poco rato subíamos la escala del *León XIII*.

Daban entonces el toque de aviso para la comida: servida que fué, hicimos á ella el debido honor; por lo que á mí toca, puedo asegurar que pocas veces me ha parecido tan *inspirado* el jefe de cocina.

M. WALLS Y MERINO.

(Continuará.)





CRÓNICA QUINCENAL

INTERIOR

Desconsuela reflexionar serenamente sobre el cúmulo de amarguras que en el orden económico nos rodean, y sobre la decadencia que de día en día se acentúa en la política española.

En vano trata la prensa de levantar el espíritu público con artículos más ó menos estudiados y movidos; todo es inútil y nada apasiona, porque los lectores, en general, aspiran esas corrientes de indiferentismo y de duda que se desarrollaron y crecieron á impulsos de las transigencias y de los convencionalismos, y no encuentran cosa mejor que encogerse de hombros ante enfermedades á todas luces incurables.

Cuando tantos y tan serios asuntos se debaten en el Congreso y en el Senado; cuando el Gobierno tropieza con esa serie infinita de contrariedades nacidas de sus múltiples desaciertos, uno de los cuales habría bastado en otro tiempo para hundir á un Gabinete, no se perturba la calma ni hay por qué en las esferas gubernamentales; la tradicional sonrisa mefistofélica vaga, como siempre, en los labios de los favorecidos de la fortuna, y el mismo Sr. Sagasta, aunque la cuestión económica nos hunda, la cuestión militar nos sonroje y la

diplomática y la política nos pierdan, no suele encontrar asunto más propio ni de mayor actualidad para enterar á la Reina en los Consejos semanales que hablarle del buen estado que siguen presentando los campos de Castilla, y de la exuberante cosecha que Dios nos prepara para el próximo verano.

Pero no hablemos nosotros del buen tiempo, y consignemos algunos de los sucesos más culminantes de la quincena.

* * *

El Sr. León y Castillo, Embajador todavía de España en París, será un nuevo Ríos Rosas en la oratoria, como repiten sus amigos, pero su último acto político fué de un mal diplomático. En ningún país del mundo, ni en otro Gobierno que no fuese el que preside el Sr. Sagasta, se hubiera permitido, sin inmediata corrección, que un Embajador expusiese un criterio contrario al del Ministro, su jefe, y menos que esa actitud la tomase para apoyar los intereses de la nación en la cual ejerce sus funciones diplomáticas, en daño de los del país á quien representa, y mucho menos aún que al efecto revelase secretos que, aun mal interpretados, sólo ha podido conocer de oficio en el desempeño del cargo que ejerce. Porque ¿en dónde se han publicado los supuestos despachos de M. Roustan á su Gobierno, y que éste enseñó al Sr. León y Castillo, según dijo, despachos que sirvieron de fundamento principal al Embajador de España en París para su discurso? Esos documentos diplomáticos no se han publicado, y, por tanto, no podía hacer uso de ellos en la Cámara para fines políticos, en daño del país y en favor de Francia. Todo esto aparte de que ya se ha probado que se han interpretado mal las declaraciones que se atribuyen al Sr. Cánovas, las cuales no podían destruir las estipulaciones oficiales y escritas hechas por el Ministerio de Estado.

Lo ocurrido en el Senado no tiene precedente. Persuadido de sus deberes, atento á los intereses nacionales, sin exagerar la nota bélica, que domina en el debate con tan escasa fortuna planteado por el Embajador de España en París, pretendió el Sr. Ministro de Estado restablecer los términos de la cues-

ción, ventilándola con templanza y reconociendo la verdad de lo ocurrido en las negociaciones con Francia: que el Gabinete Sagasta las ha iniciado y seguido con absoluta independencia de cuanto había hecho el anterior Gobierno. Pero la mayoría no estaba satisfecha; era necesario forzar el ataque y violentar los aspectos del asunto. Para ello vino de su embajada el señor León y Castillo, y el acto resultó exornado con todo el aparato requerido por la expectación de que era objeto.

Tras el discurso del Sr. Ministro de Estado, en el cual no hubo una palabra de explicación explícita para su subalterno, sobrevino, como una tempestad, la réplica de éste, llena de audacias de frase y de concepto, á tal extremo que empezó restando á su jefe á que se permitiese desautorizarle. El señor Moret no estimó oportuno buscar la salvación de su prestigio en un rasgo de energía y bastó que murmurase un monosílabo, acompañado de un ligerísimo movimiento de cabeza, para que el interesado se considerase desde luego en el pleno goce de todas las prerrogativas y en posesión de todos los laureles de la victoria; y fué de ver la despreocupación con que una vez más enmendó la plana al Ministro; el olvido de que volvió á hacer alarde de todas las prácticas diplomáticas y de todas las conveniencias nacionales.

El Sr. Cánovas del Castillo obtuvo un triunfo reconocido por propios y extraños al justificarse en el Congreso. Nada tan decisivo como su discurso para poner en evidencia la cuestión en mal hora provocada por la intemperancia de nuestro Embajador en París.

En breves palabras puede concretarse el sentido de su elocuente rectificación á aquellas frases, tan infundadas como inconvenientes, del diplomático español. Resulta que el señor Cánovas no había dicho lo que se ha supuesto, ni pudo decirlo, según el criterio que ha mantenido siempre y se refleja en el primer párrafo del consabido despacho; pero aun habiéndolo dicho, no se debió transmitir al Gobierno francés, como dato de que hubiera de levantarse acta, porque se trataba de una negociación terminada y de indicaciones vertidas en una conservación puramente confidencial; y más todavía, dicho y transmitido,—dos hipótesis inadmisibles—lo que resulta com-

pletamente intolerable, ante el interés de la Nación y la dignidad de su Gobierno, es que todo ello se haya llevado al debate, realizándose un acto inconcebible por su índole y por la calidad de la persona que lo ejecutaba.

El Sr. León y Castillo no es, en asunto que ha gestionado directamente con el Gabinete francés, uno de tantos senadores que influyen en el giro de una discusión con los elementos propios que á ella aportan, razonando con más ó menos brillantez y con mejor ó peor fortuna. Su argumento puede ser explotado en daño de nuestra futura política arancelaria. Y en cambio, nada prueba, ni significa nada, con relación á negociaciones ultimadas. ¿Qué pudo proponerse, por consiguiente, al exhibir en plena Cámara española un texto, por cierto no contrastado, ni de valor ni autenticidad reconocidos?... Únicamente satisfacer la pueril vanidad de ocasionar una modificación personal al Sr. Cánovas; acaso buscar también una defensa del último *modus vivendi*, pretendiendo escudar sus concesiones tras de las promesas imputadas en otra época al jefe del partido conservador.

Las manifestaciones del Sr. Moret fueron, en este punto, rotundas y categóricas: «El Gobierno no ha aceptado nunca como base de sus resoluciones, no ha considerado nunca como punto más ó menos esencial en su conducta, las palabras atribuídas al Sr. Cánovas del Castillo.» Se trata sólo de un caso de historia retrospectiva, de interés secundario, por consiguiente, para el fondo del debate.

El jefe del anterior Ministerio tenía que restablecer los términos de la cuestión, volver por la seriedad de sus procedimientos y la consecuencia de sus principios. Esto fué lo que hizo el Sr. Cánovas y esto lo que obtuvo las más expresivas muestras de general asentimiento.

* * *

El exministro conservador Sr. Cos-Gayón ha definido en el Senado lo que es el oportunismo económico del Sr. Sagasta, diciendo:

«De ese oportunismo del Sr. Presidente del Consejo de Mi-

nistros, oportunismo que es preciso ya definir claramente; de ese proteccionismo parcial é incompleto del Sr. Gamazo, que es preciso ya definir también con toda claridad, y de esa situación equívoca é insostenible del Sr. Ministro de Estado, librecambista impenitente, que toma la dirección de la tarea proteccionista, ha resultado lo que no podía menos de resultar: la confusión, el desorden, el barullo, la imposibilidad de entenderse unos Ministros con otros Ministros, los Embajadores con sus jefes, unos partidos políticos con otros, el Gobierno de nuestro país con los de los países extranjeros.»

Y el fracaso del Gobierno lo probó también el Sr. Cos-Gayón con los hechos siguientes:

«El Sr. Gamazo proclamó la posibilidad y la resolución que él tomaba, y con él el partido liberal, de suprimir de repente el déficit y de hacer la nivelación en un solo año, mientras nosotros habíamos entendido que la nivelación no podía hacerse sino en varios años. El Sr. Gamazo, adoptando una doctrina que había sostenido en la oposición el Sr. Moret, hizo también parte principal de su sistema la regla de que no se puede aumentar una peseta en los ingresos sin disminuir una peseta en los gastos; que no se puede decir á los contribuyentes que van á dar 2 ó 3 millones de pesetas más, si al mismo tiempo, como justificación, no se suprimen 2 ó 3 millones en los gastos.

»Pues ha llegado ya la hora de preguntar al Gobierno liberal qué hay de estas dos cosas: ¿Qué hay de la nivelación instantánea? ¿Se puede continuar con la doctrina de que el presupuesto de gastos contribuya á ella en iguales cantidades que el de ingresos?

»Pero, de todas suertes, doy por averiguadas estas dos cosas: primero, está demostrado el error que tantos daños ha producido, que ha sido causa principal de los conflictos de toda clase de orden económico y de orden público que ha habido durante el año pasado: el error de creer que se podía hacer de repente la nivelación; y segundo, está demostrado igualmente que para la extinción del desnivel que el Sr. Ministro de Hacienda reconoce que existe de una gran magnitud, no es posible pedirle al presupuesto de gastos que contribuya

en la misma proporción en que ha de contribuir el de ingresos.

»El partido liberal se proponía hacer nada menos que cinco conversiones: conversión de la cartera del Banco en cartera de particulares; conversión de la deuda flotante en deuda perpetua ó amortizable á largo plazo por medio de un empréstito de 500 millones; conversión de la amortizable en perpetua; conversión de la forma actual de las subvenciones de ferrocarriles en el sistema de pagar por anualidades; conversión de las consignaciones voluntarias de los particulares y de las Corporaciones, que hoy van al Banco de España y que el partido liberal quería trasladar á la Caja de Depósitos.

»¿En qué estado se hallan esas cinco conversiones? ¿Qué se ha hecho de ellas? Algunas se han presentado y han fracasado por completo; las otras ni siquiera se han intentado. En las cuestiones de crédito, lo que no es avanzar es retroceder, y por consiguiente, estamos peor que el año pasado.»

Y preguntando el Sr. Cos-Gayón: ¿Por qué no se han presentado los presupuestos? Añadía:

«Para mí el hecho no tiene mas que una sola explicación, la que ha indicado el Sr. Ministro de Hacienda en el Senado: los presupuestos no han venido hasta ahora porque es muy difícil en estos momentos, lo sería para todo el mundo, difícilísimo para cualquier Ministro del partido liberal, imposible de toda imposibilidad para el Sr. Gamazo, traer al Parlamento los presupuestos de 1894-95. Tiene que ser una confesión tan grande, tan paladina, del fracaso verdaderamente enorme del partido liberal en la gestión financiera, que el partido liberal no ha de traer aquí los presupuestos sino en el último momento, cuando ya no pueda más.»

Es evidente el fracaso del partido liberal en su política económica y arancelaria.

*
*
*

El discurso que pronunció en el Senado el Sr. Durán y Bas para combatir el régimen aduanero establecido por el Gobierno fué tan razonado como todo lo que dice el eminente juris-

consulta y sabio economista. Examinó el problema con gran elevación de miras, y atendiendo al interés general del país, con el deseo de que se desarrolle la producción patria y que no seamos tributarios del extranjero.

Para combatir la falsa idea de que la cuestión sólo afecta á intereses locales, expuso lo siguiente:

«Al fin y al cabo, no ha de considerarse como desgracia para aquella región, que por condiciones especiales de tradición ó de suelo, por hábitos de raza, como de actividad, laboriosidad é iniciativa, que le son naturales, lleva ya cuatro siglos que en todos los ramos de la producción, en las artes, en la industria y en el comercio (y Capmany lo ha enseñado en sus célebres Memorias históricas de Barcelona), viene siendo, por decirlo así, aquella de las regiones de España en que más se trabaja en las diversas manifestaciones de su actividad, produciendo mayor bienestar. ¿Es esto, por ventura, para ella un privilegio legal? ¿Constituye ese su estado algo que evite que las demás dediquen su actividad, su inteligencia y su capital á la producción, en la propia forma social y enérgica con que Cataluña lo ha verificado? Yo, sin embargo, Sres. Senadores, estoy cansado de oír hablar del monopolio de los fabricantes catalanes. ¿En dónde se halla establecido ese monopolio? ¿En qué ley se encuentra ese monopolio, por lo que afecta, primero, á su industria algodonera en el presente siglo, y después á la industria lanera, á cuyo desarrollo ha llegado, como he dicho, simplemente por consecuencia de su actividad, laboriosidad é iniciativa? ¿Qué culpa tienen hoy los fabricantes que se dedican á la industria siderúrgica en las provincias de Vizcaya y de Guipúzcoa de que ese ramo de producción tenga mayor desarrollo? ¿Dónde se encuentra el privilegio? ¿Dónde se halla establecido ese supuesto monopolio? La tierra les brinda con la primera materia, y ellos la dedican su inteligencia, su trabajo y su capital. ¿Preferiríais, por ventura, que esa primera materia fuese al extranjero, á trueque de decir que no hay una región especialísima, privilegiada en España? Pues todo esto hay que decirlo cuando se trata del regionalismo en materia económica.

«Yo quisiera, Sres. Senadores, que tantas provincias como

hay en España fueran otras tantas regiones de producción especial; yo quisiera que esa población, tan desproporcionada en número á lo que son otras poblaciones, dada la densidad de su territorio, creciese precisamente y fuese un elemento más de potencia para la nación española en favor del bienestar de las regiones, proporcionando un gran desarrollo industrial. ¿Qué perderíamos con ello? Que cada región tendría su producción especial, pero todas contribuirían á desarrollar la riqueza de nuestra nación. No se hable, por consiguiente, de que unas se hayan anticipado á otras, que yo espero que en el andar de los tiempos todas han de tener el mismo aspecto económico que presentan Cataluña y Vizcaya; yo quisiera, digo, que todas las provincias de España se hallasen en el mismo grado de prosperidad, gracias á su trabajo y á su capital, que se encuentran esas provincias á que aludo.»

Defender el libre cambio y tener Ministros librecambistas es hoy un anacronismo palmario en el mundo económico.

*
*
*

Triste, tristísima viene desarrollándose para el patriotismo la discusión acerca de los asuntos militares y de los desaciertos del Gobierno en Melilla.

Lo ha dicho con repetición el General López Domínguez: nos falta mucho para tener un ejército medianamente organizado; si algo ha habido previsoramente dispuesto para una campaña, débese al exquisito celo del General Azcárraga, quien cuidó de dotar á los cuerpos de doble vestuario, con el cual se ha podido uniformar rápidamente á los reservistas llamados á las filas. Así lo ha declarado su sucesor en el palacio de Buenavista. A haber seguido aquél en el Gobierno, antes se hubiera adquirido el fusil Mauser y antes también se contaría con material sanitario, que tenía ya sometido á ensayo, abandonado luego, y con otros elementos de que se ha carecido por desgracia al estallar la agresión de las kabilas.

La reformas de las zonas y regimientos de reserva, en mal hora planteada por el actual Ministro, causa ha sido igualmente de retrasos sensibles y dificultades embarazosas para la movilización del ejército de segunda línea. No tenemos cuarteles,

no tenemos campamentos, no tenemos acémilas ni carros de transportes ni equipos, no tenemos los caballos ni las piezas suficientes para los soldados de caballería y artillería que acudieron al llamamiento del 20 de Noviembre.

El General López Domínguez ha pronunciado el fallo más terrible contra el presupuesto vigente, viniendo á demostrar, sin quererlo sin duda, que no es el actual Ministro de la Guerra el que puede infundir la esperanza de una restauración militar fecunda y salvadora.

A última hora se anuncian fuertes censuras del Sr. Cánovas del Castillo y del Sr. D. Francisco Silvela, y claro es que estos oradores eminentes han de despertar siempre el interés propio de las grandes solemnidades parlamentarias. Los políticos forman coros, y es seguro que se entusiasman y comentan; pero el público, mucho más positivo, ansía con toda el alma soluciones prácticas á sus indecibles desdichas.

*
* * *

EXTERIOR

El presupuesto del Ministerio de Negocios extranjeros de Italia, donde en el capítulo de las embajadas se realiza una disminución notable, ha dado ocasión, como siempre, para que los diputados de la oposición radical reproduzcan sus acusaciones contra la triple alianza, que, en su sentir, empobrece á Italia cerrándole los mercados de Francia, y priva al reino italiano de toda su influencia en Europa.

A contestar estos cargos se levantó el barón Blanc, Ministro de Negocios extranjeros, el cual empezó declarando que la disminución de la influencia italiana en el exterior se lo debía á sí misma la nación, puesto que, invitada á intervenir en Túnez primero y en Egipto más tarde, había declinado el ofrecimiento en ambas regiones.

Los compromisos con Austria y Alemania consisten en la solidaridad para el caso de una defensa común ante la eventualidad de provocaciones extranjeras. «Nuestra política—añadió el Ministro—no va dirigida contra ninguna potencia, y

así nada impide que nuestras relaciones, que son muy amistosas con Rusia, lo sean igualmente con Francia.» No debe, pues, inquietar á nadie y sí considerarse como poderoso instrumento de civilización y de prosperidad para el comercio.

El Gobierno no quiere que en una discusión parlamentaria se discuta la manera de ser política de estas ó de aquellas naciones, aliadas ó no con el Rey de Italia; quiere únicamente que el Parlamento le ayude á conseguir la independencia económica, base de la independencia política.



Hace algún tiempo que viene publicando la prensa inglesa una serie de telegramas, manifestando que en ciertas provincias de la India, y especialmente en el Norte de la de Behar, que forma parte de la presidencia de Bengala, se notaba bastante agitación, y las autoridades mostrábanse muy preocupadas por la aparición en los troncos de los árboles de ciertas señales misteriosas, formadas con barro y pelo de animales.

Los signos cabalísticos grabados en la corteza de los árboles presentan cierta analogía con las señales precursoras de la insurrección de los cipayos. Por otra parte, en Mayo fué cuando estalló aquella tremenda rebelión, y en Mayo también se están ahora notando las señales que han alarmado á la prensa inglesa. Parece que el mes de las flores es en la India el mes de las insurrecciones, pues los indígenas creen que en esta época es cuando los europeos, abrumados por el calor, se encuentran menos dispuestos á la lucha.

Sin duda son exagerados los temores; pero no puede negarse que en la India se observa de algún tiempo á esta parte cierta agitación, como lo demostraron no hace mucho las sangrientas pendencias entre musulmanes y brahmanistas. La provincia de Behar, limítrofe del Estado independiente de Nepal, último refugio del espíritu de protesta contra la dominación inglesa, es de las más accesibles al descontento; pero de que el disgusto exista, á suponer una nueva y próxima sublevación de los cipayos, hay todavía mucha distancia.

C. S.



BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

Mis memorias, por D. JOAQUÍN MARÍA SANROMÁ. Tomo segundo.—1852-1868.—Madrid, tipografía de los Hijos de M. G. Hernández, 1894.—En 4.^o, 430 páginas: 5 pesetas.

Tuvieron la fortuna nuestros lectores de saborear en la REVISTA las páginas interesantes y llenas de vida del primer tomo. Ahora prosigue el ilustre escritor su trabajo, y en verdad que cada vez resulta más ameno. Diríase que después de las memorias de Mesonero Romanos, del general Fernández de Córdova, etc., se hallaba agotado el asunto; pero tales son el talento, la finura de observación, el acierto en el describir, el gracejo y sátira al fustigar de D. Joaquín Sanromá, que en sus *Memorias* encuentra el lector cosas nuevas, y cuando no, expuestas de modo diferente.

Repasando las páginas del volumen que nos ocupa, se asiste á los comienzos de muchas personas que hoy son celebridades en la política, en el arte, en la literatura, ó en otros ramos de la actividad humana; se concurre á los salones de una época que ya parece muy apartada de la actual; se conoce, en suma, la manera de ser de nuestros padres en este gran centro de la corte, sus luchas, sus ambiciones y sus trabajos. Personas y cosas; sociedades é individuos; el Parlamento y el Ateneo; los periódicos y los pe-

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al Director de esta publicación.

riodistas; todo va desfilando ante los ojos del lector embebecido como si contemplara fantástico kaleidoscopio.

Nuestra enhorabuena cordialísima al autor de libro tan notable.

*
* *

La foi en la divinité de Jésus. *Conferencias predicadas en la iglesia de la Magdalena, durante la Cuaresma de 1892—por el P. DIDÓN, de la Orden de Santo Domingo.—París, libre, ría Plon, 1894.—En 8.º, xxxii-260 páginas: 3,50 francos.*

Conocida es de todos la fama envidiable de que disfruta el ilustre P. Didón, uno de los oradores sagrados más elocuentes y de mayor talento de nuestra época. En una serie de ocho conferencias expone los puntos que siguen: Estado actual de la creencia en la divinidad de Jesucristo.—Negación contemporánea de la divinidad de Jesucristo.—Valor de la negación contemporánea de la divinidad de Jesucristo.—Principal motivo para creer en la divinidad de Jesucristo.—Valor del testimonio de Jesús al afirmar su divinidad.—Dificultades del acto de fe en la divinidad de Jesucristo.—Las siete palabras de Jesús.—Medios prácticos de creer en la divinidad de Jesucristo.

La dicción elegante, el razonamiento cerrado, las ideas originales y profundas son otras tantas circunstancias que avaloran el trabajo del insigne dominico francés.

*
* *

La poste et les moyens de communication des peuples à travers les siècles. *Mensajerías, ferrocarriles, telégrafos y teléfonos, por E. GALLOIS.—París, J. B. Baillièrre et fils, editores, 1894.—En 8.º, 382 páginas con 136 figuras intercaladas en el texto: 5 francos.*

A nosotros, acostumbrados á las facilidades que da el correo y á usarlo á cada momento, nos choca que nuestros antecesores vivieran sin él. Por eso, nada tan curioso como seguir paso á paso las transformaciones incesantes del correo, conocer su organización interior y comparar lo que sucede en todas las administraciones postales del mundo.

Comienza el autor examinando los medios de comunicación en los pueblos de la antigüedad y estudia después el correo desde su origen en el siglo XVI hasta el invento de los ferrocarriles.

En la segunda parte trata del correo moderno en todos los países, dedicando capítulos especiales á los sellos, á las

tarjetas postales y á la organización de la Unión postal universal. Y en las partes tercera y cuarta habla del telégrafo y de los teléfonos, comparando unas naciones con otras bajo este aspecto.

Numerosas figuras avaloran el volumen y le dan mayor atractivo.

* * *

Impresoes (A vue!a pluma), por Acacio Roza, da Sociedade Geografica de Lisboa.—Porto, Imprenta Moderna, 1893.—En 8.º, 56 páginas: 300 reis.

Este último libro del distinguido literato portugués Acacio Roza, de cuya notable obra acerca del iberismo dimos cuenta hace tiempo, es un relato que hace el autor de la estancia en su casa del eminente literato, cuya pérdida recientemente lamentamos tanto, D. Fernando de Antón.

La fantasía brillante y el estilo elocuente de Acacio Roza han sabido pintar los cuadros de aquel hermoso país, cuando los recorría acompañando á su huésped, de una manera inimitable.

La obra está dedicada á la encantadora Srta. de Antón, y es, ciertamente, una obra de gusto femenino por las preciosidades de la impresión que, sobre ser de una belleza extraordinaria, está adornada de todos los detalles de la elegancia y el buen gusto bibliográficos.

* * *

Otras publicaciones.

Apuntes para un catálogo de periódicos madrileños desde el año 1661 al 1870, por D. Eugenio Hartzenbusch. Obra premiada por la Biblioteca Nacional en el concurso público de 1873, é impresa á expensas del Estado. Madrid, 1894. En 4.º mayor, XII 422 páginas.—Obra verdaderamente útil, para cuya redacción ha necesitado su inteligente autor de extraordinaria laboriosidad y mucha diligencia. Si todos los libros que el Estado publica fuesen de la importancia de éste, sólo aplausos merecerían.

The World's Columbian Exposition. Memorial for international arbitration.—Album curiosísimo, que contiene miles de firmas en facsímil de todos los representantes que acudieron á la mencionada Exposición Colombina.

L'Italia artistica e industriale. Roma, 1893. A. Malcotti e figlio, editores, vía Príncipe Amedeo, núm. 23.—Pocas publicaciones periódicas hemos visto que se presenten al público

con tanta elegancia y buen gusto. A bien que la empresa editorial se propone recoger en un haz las fuerzas vivas de la nación, demostrando que el culto y el amor al arte son para los italianos antigua obligación, que ahora se cumple de manera más grata, y probar que la ciencia, amiga y aliada del arte, completa la obra unida á la industria. En suma, poner de manifiesto que Italia piensa, estudia y trabaja.

Imposible dar idea de las bellezas que esmaltan los dos primeros números que han llegado á nuestras manos. Papel satinado y fino, caracteres claros y láminas hermosísimas. Da principio con un notable trabajo de Boccardo acerca del desenvolvimiento de las artes é industrias en Italia; sigue un estudio del Cristo en la cruz, escultura de Enrique Barberi; otro relativo á una Venus del siglo XV y más y más artículos y más y más grabados.

La suscripción fuera de Italia, 70 liras al año.

A medida que recibamos los números siguientes lo anunciaremos gustosos, porque *L'Italia artistica e industriale* es digna de calurosos aplausos.

Historia general de España, por la Real Academia de la Historia.—Acaba de repartir El Progreso Editorial los cuadernos 180 á 184 de esta obra importantísima; prosigue en ellos la descripción del reinado de los Reyes Católicos y de la Marina de Castilla. Muy curiosas las láminas en colores que representan las banderas usadas en el siglo XIV, el facsímil de las viñetas pintadas en el libro del Lapidario y las miniaturas de la Crónica manuscrita de Fernam Lopes. Muy curioso también el sello usado por el Duque de Lancáster, pretendiente de la corona de Castilla.

El inteligente librero D. Francisco Iravedra, establecido en Madrid, calle del Arenal, 6, ha hecho una nueva edición del admirable libro *Mujeres del Evangelio*, cantos religiosos por Larmig. Forma un elegantísimo tomo en 16.º de 152 páginas, y sólo cuesta 1,50 pesetas el ejemplar.

R. A.

